

LADRÓN DE ÁRBOLES  
PEDRO SORELA

## PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN DIGITAL

Aquí, en los dos cuentos de Budapest, comenzó una ruta a la que no le veré el fin.

Es necesario aclarar que en los viajes me doblo, estoy más despierto y se me afila, más, el impulso de escribir. Pero nunca llevé de viaje a mis novelas, demasiado pesadas, y siempre tomé las frecuentes notas del viajero, que llegaron a su término al comienzo de una estancia de quince días en Budapest, un otoño en los años ochenta: ya no era capaz de seguir con ellas. Tomar notas de lo que había visto ya no me satisfacía ni aunque reflexionase sobre ello - ¿cuántas ideas del viajero son originales?-, o lo dibujara. Quería otra cosa.

O sea que, en un primer experimento, escribí una historia inventada... pero sobre los escenarios que iba recorriendo día a día: una suerte de ejercicio de estilo.

El primer resultado, *Dos historias rebeldes*, sobre alguien que busca a un amigo en el Budapest de la Transición -en todo Budapest se oían martillos tras la caída del Comunismo- es con toda probabilidad, por abstruso, el peor cuento que he escrito. Y aunque me entusiasmó, por eso mismo se cae en la nueva edición digital que se publica en esta página. (Esta edición digital, con uno de los dibujos del libro en la portada, se puede descargar, sin costo alguno y durante algún tiempo, en formato PDF o para e-book o tableta. (Véase [El viejo placer de regalar un libro](#)). Mi entusiasmo era del tipo del que puede sentir un químico frente a un microscopio o a un astrónomo mirando la noche con una lupa. Sentí que ahí había algo.

Ahí mismo escribí -y dibujé- otro cuento con el mismo procedimiento, *Ladrón de árboles*, y a partir de entonces no usé en los viajes otra pluma que no fuera esa. No textos que fotografían la realidad sino cuentos que la recrean... para comprenderla y contarla mejor. La intuición de que no existe tal cosa como un paisaje objetivo, o más bien que su relato carece de interés, como una postal, y sólo una interpretación puede aportar una versión fiable.

A partir de entonces en mis viajes fui tomando cada vez menos fotos -nunca tomé muchas, de todas formas, y casi nunca de monumentos-, y dibujando más.

El manuscrito del libro obtuvo el consabido -y misterioso- ninguneo editorial español hacia el cuento, pero fue publicado con entusiasmo por la escritora y editora Silvia Molina, en México, gracias a mi amigo Juan Villoro, que habló en mi favor. La extensa conversación con Silvia en Madrid fue de literatura, no de cláusulas de contrato, y nunca un libro tan breve fue lanzado con tanta cómplice amistad, con los amigos de Juan y de Silvia, y esa calidez es la que me hace volver a México de cuando en cuando porque allí también me siento en casa. Luego Miriam Tey lo publicó con primor en España y aceptó que una propuesta que le hice no era tan descabellada como las que suelen hacer los escritores a los editores en cuestiones de edición: unos días antes, en el medio de una fiesta en la casa de mis amigos Mario y Nicole Muchnik -sin duda uno de los salones más estimulantes de Madrid, donde han nacido no pocos proyectos artísticos y literarios-, Nicole me dijo, no sin misterio: "Ven, que te quiero enseñar algo". Y en efecto me llevó a una habitación por allá atrás y me mostró el primero de la felicísima (y meditabunda) serie de cuadros que lleva pintando en los últimos veinte años. "¡Pero si es mi ladrón!", exclamé, y Nicole lo cedió con esplendidez, y Miriam lo aceptó con todo gusto para la portada. Y ahora el cuadro cuelga en el comedor de amigos de mi casa.

## SECUESTRADOR(A) QUE SE EXTRAVIÓ

Esa noche conduje de nuevo a 40 por hora, pues no había podido recoger mis gafas nuevas y seguía con las de sol. Entre no ver nada y ver poco y oscuro prefiero lo último.

De haber sido más prudente, de haber cogido un taxi, ¿la habría visto? Seguramente no. Es indudable que el taxi hubiera marchado más aprisa, pero apenas circulan taxis frente a la fábrica, a las dos de la mañana, y hubiera pasado más tarde por aquella plaza. Ya se habría ido.

Y caso de no haberse ido, caso de seguir ahí, agarrándose el vestido por el cuello y mirando al horizonte, ¿habría podido parar, de ir en taxi? Sé que no. Es obvio que no es lo mismo ir en taxi que en coche. Ni se me habría ocurrido. Además, ¿se imaginan? «Oiga, pare el coche que veo una viejecita extraña».

Sí, es probable que ni la hubiera visto. En los taxis se habla e fútbol, de calor – hacía un calor demencial–, de si se trabaja mucho o poco por la noche. Se tiende a mirar al conductor, o mejor a sus ojos en el antifaz del espejo, de forma que uno no mira el paisaje; sería de mala educación. Tampoco habría llevado mis gafas negras: ¿qué hubiera pensado el taxista?; ni siquiera habría aceptado a un individuo con gafas negras, a las dos de la mañana, a la salida de una fábrica. No hubiera podido ver ni el paisaje, ni a la viejecita, y caso de adivinarla no hubiera podido percibir el detalle de que se sujetaba el cuello y miraba el horizonte, como perdida.

Me detuve, pues, bajé la ventanilla y le pregunté a distancia:

«¿Está bien, señora? ¿Le pasa algo?» Contestó algo que no llegó, de modo que bajé y pregunté de nuevo.

«Estoy bien», dijo con su aire pacífico. «¿Está muy lejos Sol?», preguntó.

«Sí, está muy lejos. Al otro lado de la ciudad.»

Ya he dicho que se sujetaba por el cuello el vestido –blanco y negro, como los de mi abuela– y eso la hacía particularmente indefensa: No había corrientes esa noche de aire opresor. La viejecita se apoyaba con una mano en el capó de un coche y miraba hacia el sur.

«¿Y Fuencarral? ¿Está muy lejos Fuencarral?»

Sólo entonces comprendí que se había perdido, y durante un instante me asombró que me hubiera tocado precisamente a mí llevarla a su casa, y al tiempo tuve la tentación de enfadarme, pues estaba cansado, con calor, ya me había hecho a la idea de una ducha y una cerveza helada.

Pronto abandoné la idea de sacarle su dirección, o tan siquiera saber su barrio. Sólo mencionaba Sol, Tirso de Malina, Atocha... lugares remotos que casi pertenecían a otra ciudad. No podía imaginar que hubiera caminado tanto, aunque ella lo dijera. Y con ese calor. Miré arriba y debajo de la calle, por si aparecía algún coche de la policía. Inútil decir que no apareció ninguno. Apenas pasaba nadie esa noche inmóvil.

### *Full de dieces-ochos*

Me resigné pues a la idea de llevarla yo. Pero ¿adónde? Creí encontrar la solución al recordar que no muy lejos había una residencia de ancianos. Claro, me dije, y no me di un golpe en la frente de milagro, ésa es su casa. Cómo me acordé de la residencia no me lo pregunten.

Es una de esas cosas que uno aprende sin llegar a saber que las sabe.

No parecía muy convencida de subir al coche. Normal. Le expliqué que se había perdido y que la iba a llevar a su casa. Con lógica me preguntó si yo sabía dónde estaba su casa. Entonces le dije que primero la iba a llevar a la policía, para que ahí averiguáramos entre todos dónde vivía. Eso debió de aliviarla. «No, si ya me conocen», dijo. Y de inmediato me advirtió: ¿No irá usted a creer que por nada malo, ¿verdad?»

Lo de la policía había roto la desconfianza porque accedió a subir al coche. No parecía desconfianza, en realidad, sino como un deseo de no molestar. Cuidé que la puerta no pillara su falda larga, me senté al volante y conduje de nuevo muy despacio. Con mis gafas negras, el mundo se simplificaba en noche muy oscura y luces tenues.

¿Por qué no la llevé a la policía? Porque no sabía dónde encontrarla, porque no me gusta demasiado la policía... Sobre todo porque ya me había hecho a la idea de llevarla yo. Me hacía ilusión. Yo soy un jugador.

¡Parecía tan fácil además! Es como cuando uno tiene un full le dieces-ochos en la mano. Te crees invencible.

Mi full era un sujeto barbudo en la puerta de la residencia de ancianos, que además mantenía abierta una gran reja entre enormes muros. Ya está, me dije, ahora la entrego, me despido, voy a casa y me doy la ducha. He de reconocer que me sentí feliz por hacer una buena acción con tan poco esfuerzo. Como cuando arriesgas un poco y ganas con un farol.

Resultó que el barbudo de la puerta no tenía muchas luces. Ninguna, a decir verdad. A los tres minutos me sentía mucho más a gusto hablando con la viejecita. Mucho más. Era incomparablemente más inteligente. Algo despistada, quizá, pero mucho más inteligente. El otro era imbécil. Mucho. No sólo no reconoció a la viejecita –se inclinó, la miró apenas y dijo «no es de las nuestras» con seguridad repelente de quien lleva póquer–, sino que no hubo forma de convencerle para que nos dejara usar el teléfono. O al menos que llamara él a la policía, que hiciera algo. Nada. Con lo de que no era de las suyas, pareciera que lo tenía todo resuelto.

Menos mal que me quité las gafas. Sería por el calor. Si no llego a quitármelas no sé qué hubiera ocurrido. Algo distinto, sin duda, o al menos más tarde. Me quité las gafas –también es cierto que había parado el coche bajo un farol– y vi que la viejecita llevaba una placa en la solapa. La giré con cuidado para que le diera la luz. Se podía leer claramente General, luego algo borroso, más bien rascado, tachado, y luego 202 y algo borroso.

Ahí se animó el barbudo. Comenzó a especular sobre las múltiples posibilidades de la dirección –porque era una dirección, estaba claro–, mas no le di la oportunidad y me marché de allí. Reconozco que no quería que se apuntase el tanto de resolver el caso. Con lo imbécil que era.

### *Cincuenta Generales*

Me detuve más adelante, bajo otro farol, y cogí el callejero de la guantera. Busqué la calle General. «Llueve», dijo la viejecita. Yo estaba tan interesado en mi libro que no me había dado cuenta. Caían gruesas gotas de tormenta, pronto se hicieron estruendo y chaparrón.

La luz del coche funcionaba sólo si se abría la puerta, de manera que abrí la mía y preferí que no me importara mojarme por la izquierda. Busqué General y juré al ver que había por lo menos cincuenta generales en las calles de Madrid. Percibí que la viejecita me miraba al oír el juramento; también opté por no darle importancia. Yo juro mucho.

Intenté de nuevo la táctica del sondeo. Me puse a enumerarle los generales uno a uno, despacio, con la esperanza de que un comentario, una sonrisa, al menos una luz en los ojos me diera una pista. Recordaba el método de una película hacían lo mismo con un espía drogado. La pista llegó cuando dije General Manso, y tan claramente como un signo divino. La viejecita sonrió y le brillaron los ojos con el mejor de los recuerdos. Bendije al espía, busqué alegremente la página 165, letra G, según indicaba el callejero, y no juré de nuevo porque estaba demasiado contento por haber acabado con el problema. General Manso era una callejuela en la que ni siquiera cabía el nombre, que iba a dar al paseo de Extremadura, en el quinto pino, al otro lado de Madrid.

Arranqué de nuevo, con buen ánimo. Se iba a terminar la historia, y no sin esfuerzo. Y si ganar con un farol da gusto, casi más lo da ganar con una escalerilla miserable, construida poco a poco, frente a un trío de ases. Eso sí que da gusto.

No calculé lo difícil que iba a ser. Entre que yo tenía que seguir con gafas negras y que caía toda el agua del cielo, no se veía ni castaña. Cómo sería la cosa que tuve que andar en primera casi todo el tiempo, pues de pasar a segunda se me hubiera calado el coche.

Cruzamos pues Madrid, la viejecita y yo, casi casi como si estuviéramos andando. Ella parecía contenta, mirando con mucha atención. Ahora me pregunto por qué no hablé más con ella. Por qué no le preguntaría por su marido. Sí le pregunté si tenía hijos, y me dijo que no. No insistí por ahí. Le pregunté de dónde era y me dijo que de León, y lo poco que hablamos fue de León, un sitio que no conozco. Si le hubiera preguntado por el marido todo hubiera sido distinto. Seguro.

Es cierto que me oriento muy mal, aunque esa noche, reconocerán, se habría perdido hasta la guardia civil. Y fue muy cerca. Íbamos ya por el paseo de Extremadura, y en lugar de girar hacia la izquierda, por la calle de Granados, giré a la derecha, poco antes. Ya me estaba dando cuenta de que no era por ahí

cuando el coche se puso a toser y luego se paró como muerto. La luz de la gasolina brillaba como un limón.

Entonces juré de verdad, y la viejecita me miró, y yo la miré a ella, me importaba un pito que oyera mis juramentos. (Aunque me importa ahora: iba a decir *me importaba tres cojones* y el recuerdo de la viejecita, de su mirada pacífica, me lo ha impedido).

Estábamos en una de esas calles sin color. Las conozco de l obra, pues siempre he vivido en ellas. Edificios altos y grises, portales iguales, algún bar ruidoso de día y ahora completamente muerto, alguna farmacia. Poco más. Seguía lloviendo y me sentía tan desanimado que ni siquiera juré cuando miré el reloj y vi que eran ya las cinco y cuarto.

Ustedes no me creerán si les digo que me bajé y llamé al primer timbre del primer portal que me cayó bajo la mano. ¿Qué cosa podía hacer? Ni siquiera pasaba nadie. No contestaron. No quise insistir y llamé al lado. Como no contestaban, llamé de nuevo y también al segundo derecha. Tampoco. Así seguí, dejando pasar un tiempo que a mí me parecía largo y que me temo iba abreviando, y mientras esperaba miraba al coche. Comenzaba a temer que le ocurriera algo a la viejecita. Antes de bajar le había preguntado si tenía frío y me había dicho que no, pero yo sí lo tenía. También es cierto que yo estaba mojado y ella no.

Cuando había timbrado ya en el quinto izquierda me contestó una dormida voz de hombre. Le estaba pidiendo que si podía llamar a la policía municipal cuando contestó otra voz, una de mujer mayor, gritona. Quise empezar de nuevo, mas el hombre se impacientó con la segunda explicación, la mujer no comprendió que hubiera dos voces en el telefonillo, nos armamos un lío y me impacienté yo: «Olvídenlo,» dije, «ha sido una equivocación». La vieja insultó. Colgaron.

### *Seis gotas en un charco*

Comencé de nuevo por el sexto izquierda –me salté el quinto derecha como si perteneciera a una zona de desorden y antipatía– y me propuse esperar más para que no ocurriera lo mismo. Calculé incluso en el reloj que pasaran cinco minutos por piso, con dos llamadas largas cada minuto y medio, y una tercera



a los dos minutos para llegar a los cinco exactos. Yo soy muy maniático cuando me empeño en algo.

Tras la llamada al octavo izquierda –pensaba seguir con toda la calle si fuera preciso–, comprobé que podía ver mejor a la viejecita en el coche. Amanecía. Juré en voz alta, articuladamente aunque sin pasión. Estaba muy cansado y me sentía muy triste. El amanecer me deprime. Oí entonces una voz tranquila por el telefonillo.

Opté por no explicarle nada, y le pedí directamente que llamara a la policía municipal, al 092, porque no sabía cómo llevar a su casa a una viejecita perdida que estaba en mi coche, y mi coche sin gasolina.

«No tengo teléfono», me dijo con la misma tranquilidad de antes.

Miré hacia el coche y comprobé que se veía aún mejor que antes, y me sentí más deprimido, mucho más. Seguía lloviendo, poco, conté seis gotas en un charco.

«Suban», dijo al fin la voz, era una voz de mujer.

La viejecita se había dormido. Pacíficamente, con las manos en el regazo y la cabeza ligeramente inclinada. Despertó sin sobresalto tan pronto le puse la mano en el hombro, y accedió a bajar y entrar en el edificio. Se volvió a apretar el vestido por el cuello y eso me inquietó.

Nos abrió la puerta del octavo izquierda una mujer de ojos negros y unos treinta y cinco años, vestida con una bata azul sobre un camisón blanco que le asomaba por debajo. Iba descalza. Pidió que no hiciéramos ruido, llevó a la viejecita a la cocina y la sentó en una silla. Aunque no hizo preguntas, le expliqué nuestra historia, sin detalles. Dijo que a esa hora no se podía hacer nada, lo mejor era dormir un poco y esperar a la mañana.

Mas la viejecita ya no quería dormir. Parecía sentirse muy a gusto en la casa, y sobre todo con la mujer, que le sonreía con dulzura. Hizo comentarios sobre cómo eran antes los tazones de la leche y lo poco que le gustaba la leche a su marido. «Le conocerían ustedes, ¿¿verdad?», preguntó; Hipólito Manso, el secretario del ayuntamiento».

Ya no juré. Solté un gemido y me senté de golpe, y sólo entonces la mujer se me quedó mirando con esos ojos que no olvido. Me gustaba. Mucho. Era una mujer distinta. Le expliqué lo de la placa con el nombre General algo, y cómo

deduje por una sonrisa y el brillo de un recuerdo en los ojos que la viejecita vivía en la calle General Manso, y ahora resultaba que Manso era su marido y de ahí el brillo y la sonrisa.

Dormimos. Eso era lo que había que hacer, sin duda. La viejecita durmió con la mujer, en una cama grande, desocupada por una razón que no me atreví a preguntar y que cada día me obsesiona más. Había otro cuarto donde dormía un niño, que fue el que me despertó, horas después. Tenía los ojos de su madre. Yo dormí en el salón, encogido en un sofá.

Por la mañana ni se planteó qué había que hacer. Había que buscar gasolina y entregar a la viejecita a la policía. Ya la conocían y sabrían dónde llevarla. Dormía cuando me marché, y ni se nos ocurrió despertarla.

No sé aún cómo se llamaba la mujer. Después de que el niño me despertara, me lavé un poco y bebí el café que ella me preparó y comí con ganas unas galletas. Sólo hablamos de la viejecita y del viaje con ella, pero sé que había algo debajo y que lo menos importaba era lo que dijéramos. Esa convicción es algo que con frecuencia me impide dormir.

Salí pues y compré una lata de gasolina, y no se me ocurrió otra cosa que dar una vuelta para comprobar que el coche andaba bien. Pensé también en buscar una tienda para comprarle algo a la mujer, algo para agradecerle y también para prometerle. Mas lo primero era comprobar el coche.

### *Octavos izquierda*

No supe volver. Giré primero a la izquierda y luego me obligaron a torcer a la derecha, para salir al paseo de Extremadura, y no pude volver a meterme hasta bastante más adelante de modo que cuando logré regresar al barrio ese de calles y edificios iguales no fui capaz de reconocer el mío y perdí a la mujer y a la viejecita para siempre.

Claro que lo intenté. Di vueltas hasta agotar de nuevo la gasolina, compré más y llené el coche hasta el borde y volví a girar y girar, y me paré muchas veces para timbrar en docenas de octavos izquierda... hasta hoy.

No puedo dejar de pensar que mi historia hubiera sido distinta de no haber llovido esa noche, o de no haber visto la película de espías, o de haber

preguntado a una viuda por su marido, o de haber cogido un taxi y no haberme dirigido a casa a 40 por hora. Y si fui a 40 fue porque llevaba gafas de sol y no se veía ni castaña. Quién sabe por qué no había recogido aún mis gafas nuevas, listas desde hacía cuatro días. Tantas son las razones que prefiero no pensar en ellas. Me obsesiona sin embargo recordar que las gafas viejas se me rompieron al atarme un zapato. Las tenía en el bolsillo de la camisa porque llevaba puestas las de sol. Las gafas se suelen caer, en verano. En invierno nunca.

## LA NOCHE DEL AVIÓN

El cansancio le aplazaba el hambre, y el agua caliente terminó por quitársela, junto con el olor del metro y el del ajeno, y la humedad pegajosa de la lluvia. Se metió en la cama, leyó sin fijarse media página, los ojos se le cerraron, como siempre, cuando su mano aun no había alcanzado la luz de la mesilla. Sería medianoche. Habría despertado ocho horas más tarde de no ser porque esa noche –ya clareaba, la lluvia había dejado un gran silencio tras de sí–, un avión voló bajo por el cielo de su casa. Entonces Lebot despertó, escuchó el avión hasta que se perdió de nuevo en el silencio, y algo debió de tener esa música de viaje porque nunca volvió a ser el mismo.

Ni siquiera imaginó recobrar el sueño. Cruzó las manos bajo la nuca, la primera novedad en ese hombre sistemático que desde hacía años sólo usaba la cama para dormir, y esperó. No mucho. Al llegar más tarde al Café de Flore lo encontró todavía cerrado y hubo de sentarse en el bordillo de la acera. Tampoco eso lo había hecho desde décadas atrás, o quizá no lo había hecho nunca. Así descubrió Lebot esa mañana cómo la calle se puebla en junio mucho después de la llegada de la luz, cómo nace el ruido y en qué instante del día se apagan las farolas. Luego desayunó con apetito cinco croissants y tres cafés, vació su cuenta del Barclays situado enfrente del Flore y, una vez en la Gare de l'Est, tomó el primer tren hacia el norte.

Testimonios progresivamente borrosos hablan de Lebot, tres meses más tarde, pintor callejero en un Berlín ya bastante frío (de esa época viene el *Retrato de niña con gafas de sol*, que se exhibe en Ámsterdam protegido por cristales blindados), con melena –la melena posible en un hombre calvo–, refugiado en Suiza durante la guerra compañero de una joven en una cabaña de Cerdeña a la orilla del mar, y más tarde, en los años ya demasiado descritos de su obsesión por la luz, colono en el remoto altiplano de Bolivia. Finalmente, con barba blanca, en una tertulia de poetas en un cafetín del centro de Tres de Marzo, donde bebía ron en una botella de Coca Cola para disimular la ansiedad que le producía un *affaire* sin esperanzas con una señora de la alta sociedad. Hay que desconfiar de este último testimonio, sin embargo, el de los últimos años de Lebot, pues aunque parece el más nítido –fotos hay, incluso, de los poetas del cafetín, y de la señora–, sus responsables son profesores, coleccionistas,

biógrafos, periodistas mitómanos y en general gentes agobiadas por la nostalgia.

Poco hay que añadir a esta leyenda épica, anécdotas al fin y al cabo, heroicidades cortadas a medida, etapas de cualquier itinerario aventurero. Quedan los cuadros. Más sugerente es quizá que a las siete de la tarde de la noche del avión, Lebot cruzó delante del Café Bonaparte y quedó prendido en el relámpago de un abrazo apenas entrevisto. Un abrazo igual a todos, pero diferente: el beso delicado, una mano suave sobre un pecho, el muslo blanco de una pierna doblada para mantener el equilibrio sobre la silla.

No hay nada nuevo en un abrazo en Saint-Germain, y Lebot había visto docenas de ellos, probablemente cientos en sus diarios recorridos desde el metro hasta su casa, en la Rue Jacob. Pero nunca uno como ése, o quizás muchos como ése, si bien nunca en un instante como ése, con tantas cosas juntas: tarde de tormenta, luz inquieta, silencio o lo que él creyó era silencio, y la chica, que le recordó a Sarah, hacia tantos años desde aquella Sarah. Era verano también, en otra tarde de tormenta, y no quisieron refugiarse cuando rompió a llover. De modo que continuaron sentados en la terraza, riendo, mientras se les aguaba el vino, crecía la salsa del lenguado y el helado se deshacía, y mientras los pechos de Sarah iban apareciendo por primera vez, levantándose poco a poco bajo la blusa húmeda.

Le desvió de su camino, el abrazo. Se dio media vuelta y regresó al metro, y tardó media hora en llegar a la estación de Vincennes, apenas circulaba ya nadie por esas calles de funcionarios y señoras con perro. Caminó manzana y media, y al llegar a un portal de hierro vaciló dos segundos. Sólo dijo «*C'est moi, Christian*», tras llamar al tercero, y subió en un ascensor lento, de madera. Odiaba ese ascensor. Había sido uno de los principales atractivos para elegir el piso.

La visita duró sólo veinte minutos. Sarah habló por teléfono la mayor parte del tiempo –de cuando en cuando le hacía señas para que se sentara o se sirviera una copa–, y eso le permitió mirarla furtivamente, como se mira a una mujer desde el otro extremo de un café. Cuando Sarah colgó, llamó Marie para avisar que se quedaría esa noche a cenar en casa de una amiga. Le mandó un beso a su padre, debía de tener prisa porque no pidió hablar con él.

Serían las siete y parecían las tres de una tarde de otoño. Aunque tardaría en anochecer, nubes oscuras circularon con rapidez sobre París mientras Lebot caminaba; no se había resignado a coger otro metro en esa tarde húmeda, y tampoco sabía muy bien adónde ir. Se metió en la explanada de los Inválidos y se sintió perdido con tanto horizonte. Caminó hacia el Museo del Ejército, quizá para achicar el paisaje, pero ante la garita del soldado de guardia comprendió que tampoco entonces quería conocer el edificio, en el que nunca había entrado. Para qué. Una primera gota le golpeó en la frente al dar media vuelta.

Fue sólo un amago de tormenta, algo así como un aviso. Bajó el cielo y el calor aumentó; más que el calor, la opresión. Así, arrinconado por la lluvia, entristecido por no saber bien qué, enfrentado al jardín gigantesco de un rey con vocación de geómetra, fue como Lebot recordó otra tarde de calor en la guardia de un fuerte argelino y añoró el aire sin techo del desierto. Como entonces, buscó en el cielo el avión del compañero al que debería sustituir para llevar el correo un poco más lejos. No lo encontró. Encontró tan sólo nubes que parecían al alcance de la mano y que comenzaban a resquebrajarse.

Ya sabía dónde ir. Aunque aún llovía un poco, le gustó mojarse mientras cruzaba otra vez la explanada hacia el Senado y comenzaba a bordearlo. Pronto quiso bajar a los muelles y seguir por allí, tampoco hacía eso desde —¿desde cuándo? —, quizá fuera desde un día de invierno en que quiso pintar las barcazas llegando de frente. Aún pintaba entonces. Nevaba, y Sarah vino a buscarle con un paraguas.

Tardó en comprender qué era lo que había cambiado en los muelles: estaban desiertos, ya no había una pareja en cada sombra, ni vagabundos en la orilla mirando pasar el tiempo. Pronto supo que no estaban desiertos sino que seres de otro tipo aguardaban emboscados. Cruzó un primer hombre con traje y corbata que le sonrió con codicia, cruzó un joven disfrazado de apache, cruzó una puta vieja por la que sintió cierta ternura —«*Viens mon Jules, il fait froid...*»—, no aguantó la invitación de un macho en camiseta y subió a la calle. Quiso negar la evidencia y convencerse de que el río seguía siendo el mismo. Inclinado sobre el agua en el primer puente, creyó tranquilizarse al ver que se sucedían las gabarras y los *bateaux-mouche*, Y que los pasajeros saludaban, como siempre, a los paseantes de la orilla. Mas algo distinto había en esos barcos de turistas, se dijo, cada vez más grandes ya casi no se podían distinguir las caras.

Llovía de nuevo, quizá no hubiese escampado. La tormenta parecía de encargo para una postal de septiembre. Un sol limpio, al oeste, lanzaba rayos sobre una ciudad condenada al gris para siempre. Esa era la luz, pensó Lebot al levantar los ojos del agua, que le indicaba la frontera cuando regresaba a casa con el correo desde Argel. Más que los Pirineos más que el compás sobre el mapa, más que el verde de las Landas y la pizarra negra le los castillos, esas nubes enredadas en el sol le aliviaban la vista herida por la luz de Orán, de Gibraltar y de Córdoba como unas gafas de ciego, y los remolinos que hacían bailar el avión le alegraban la piel como los primeros compases de una fiesta. Pero entonces, pensó con melancolía, se merecía la fiesta y París aún no era tan grande.

Subió por la Rue de l'Université hacia Saint-Germain y siguió hasta Raspail, que caminó hasta el fin. Se metió entonces en un *cul-de-sac* más grande que un patio y menor que un callejón, silencioso y blanco, y sin vacilar entró en uno de los cuatro portales.

No encontró a Jean leyendo la prensa de la tarde como siempre a esa hora. En la portería se sentaba una mujer seca. .

«*Jean ne travaille plus ici, monsieur.*»

«*Savez-vous où est-il parti?*»

«*Non, Monsieur.*»

«*A-t-il laissé une adresse?*»

«*Non, Monsieur.*»

Jean. Jean montaba a caballo casi tan bien como los moros, y era un gusto verle correr junto a los aviones cuando no estaba bajo ellos pintado de aceite, parecía un Pegaso a punto de despegar. Una misma bala en una revuelta le hizo estallar la rodilla y mató a su yegua gris, y él buscó refugio en una portería, el más pequeño de los escondites posibles. Nunca se quejó, sólo se hizo más silencioso, comenzó a fumar en pipa. Huía tal vez del desierto, y Lebot, que a su regreso a París le encontró por casualidad, no le contó nunca quiénes habían muerto. No hay como los muertos para excitar la memoria.

Era al fin de noche, no llovía y tampoco se podía ver el cielo, tapado por las luces. Lebot estaba cansado y húmedo, y no pensaba en ello. Sin plantearlo, adiestrado por la rutina de años, tomó la dirección del centro aunque no tenía

intención de volver aún a casa. De nuevo en Saint-Germain, entre las luces, se hartó pronto de los fantasmas que le salían al encuentro desde Lipp, desde el Café de Flore, desde el Bonaparte y el Danton, y sintió la asfixia. Como tantas otras veces, paró en el multicine sin nombre vecino del Danton, eligió una película, cualquier película, la de la cola más corta, entró, compró un helado para engañar la espera y con el primer anuncio se arrellanó, dispuesto a morir durante hora y media.

Mas esa noche la química no funcionó, quién sabe por qué. Tal Tez los anuncios le irritaron más que otras veces, tal vez una mujer retorciéndose un caramelo en el asiento de al lado, tal vez la película, una película de miedo, no le bastase ya. A los veinte minutos salió del cine con el paso de quien sabe lo que quiere, cuándo y de qué color. Entró en el Danton, fue hasta la barra y pidió ajeno. Luego se sentó al lado de la calle y esperó a que se lo trajeran.

Quizá naciera esa noche su *Bebedor*, pintado no mucho después es la silueta de un hombre sentado frente a una ventana tras la cual se adivina una ciudad mojada y lejanos juerguistas, y frente a él una copa. El cuadro se conserva en la Glyptotek de Copenhague. Es más triste que el de Lautrec y más misterioso que el de Manet.

Lebot bebió esa noche con determinación y constancia, y es extraño que eligiese ese licor ladino. Se bebió dos copas de golpe y las demás sin pausa, y sus ojos de bretón se fueron ennegreciendo como octubre en Normandía.

No era un hombre fuerte, al contrario, y hasta entonces nada hecho al alcohol, y a muchos hubiese acostado, si no doblado, la cantidad de ajeno traidor que Lebot bebió esa noche. Si se mareó no se supo. A las once y media quebró al fin su inmovilidad de autómatas –sólo había doblado el brazo y abierto los labios– y pagó su cuenta y la de una joven que había intentado llamar su atención sin que él le hiciera caso, por un instante pareció que se conocían; se levantó, vaciló muy suavemente hacia delante y salió con paso lento y recto.

Lo demás ya se sabe. Llegó a su casa cansado y sin hambre, y se dio un baño para quitarse de encima los olores del metro y del ajeno, y la humedad de la lluvia. Luego se metió en la cama, leyó media página de cualquier página y se durmió antes de que sus dedos apagarán la luz de la mesilla... Hasta que escuchó el avión.



## NOCHE DE JUEGO EN EL HOTEL D'ANGLETERRE

He llamado a Todos los Santos para que cubran los espejos, incluso el veneciano del comedor. Es todo lo que se me ha ocurrido. No puedo pensar mucho en este lugar que se ha llenado de olores y de ruidos...

Entonces había mucha menos gente, más gaviotas, y el mar, me parece, era más bravo. Parece que lo han amaestrado, empequeñecido para los turistas. No éramos turistas, entonces, sino veraneantes. Llegábamos con el calor y nos marchábamos para los primeros estrenos, los primeros conciertos... Ahora la playa está llena de obreros, como el avión que me trajo a Europa. Antes veníamos en barco y los obreros no viajaban. Quizá sea bueno que viajen, Leopoldo Carlos decía que así no pensarían en nosotros... Pero por qué harán tanto ruido... Detesto el ruido. Desde esta mañana ya no hago esfuerzos para soportarlo, y me he refugiado en el comedor del hotel, silencioso y oscuro en mitad de la tarde. Aquí, entonces, se celebraban los bailes...

Yo había bajado a la playa para jugar con Valeria, o mejor dicho para verla jugar. Ya ha pasado la edad de jugar con la abuela, aunque tampoco puede hacer mucho en la playa, con tanta gente. Parecería que les gusta estar tan juntos. Se puede leer al vecino, se le puede oír, y lo que es peor, se le puede ver de cerca y comprobar otra vez qué feos somos. Antes lo disimulábamos. Ahora a nadie parece importarle. A Valeria le asombra que aún no me haya querido bañar, y yo no he querido decirle que me parece un mar pequeño para tantos, y que me da asco. Este es el mundo que le ha tocado a ella, no conocerá otra cosa.

Haría ya una hora que había bajado a la playa. Tenía calor, la luz me había cansado hacía rato, estaba viendo impaciente cómo Valeria se reía de Françoise, entonces supe la muerte de Serapio. Yo había enviado a Françoise para que sacase a Valeria del agua de una vez, mas Françoise no podía hacer gran cosa. Contratar a una *mademoiselle* que no sabe nadar es algo muy propio de mi hija... Observaba pues cómo Valeria se reía de Françoise cuando una radio que me había estado martirizando dijo que Serapio había muerto. Algo debió de cambiar en la voz del locutor, que había estado gritando un partido de algo, creo, porque me encontré escuchando que Serapio Hernán de San Luis había muerto a los 67 años al despeñarse por un barranco del Mont Blanc. No hubiese imaginado a Serapio escalando. Le pregunté a los propietarios de la radio, unos

españoles, si me podían repetir la noticia. El hombre no la recordaba. La mujer la repitió, sin poder recordar el nombre, y entonces él recordó, como si hallara la pieza que faltaba en un rompecabezas de oído. Ambos me miraban sorprendidos. Creo que ella me iba a preguntar algo pero no le di la ocasión. Tampoco aguardé a que Françoise consiguiese sacar a Valeria del agua.

Serapio vino a Dinard con los Gómez, y se alojó en el Hotel de la Republique, lo que ya me predispuso en contra suya. Recuerdo que papá solía bromear en la playa con los que aquí se alojaban –los Carrasquilla, los Gómez, los Rodríguez Angulo– y les preguntaba qué tal les trataban en el ministerio. No creo que nadie se molestase, lo hacía sin mala intención. Mamá no decía nada, en cambio, pero hacía lo posible porque Isabel, Carmen y yo no coincidiésemos con las Carrasquilla ni con María Eugenia Rodríguez Angulo, y mucho menos con Fernando, el hermano de María Eugenia, y *Patacón* Gómez, un muchacho alto y taciturno, moreno y aindiado como su madre, doña Elvira, y de ahí lo de *Patacón*. No recuerdo su nombre verdadero. *Patacón* llegó una mañana a la playa con él, debía de ser ya en septiembre porque recuerdo que el mar estaba como un plato y que los niños habían estado pinchando medusas en la orilla.

Mamá podía esforzarse porque no frecuentásemos a los del Hotel de la Republique, pero aun así los veíamos casi diariamente. Seríamos unas seis familias de suramericanos veraneando en Dinard, y, como en París, nos buscábamos, lo mismo que hemos hecho desde la guerra en Lima, Bogotá, Tres de Marzo y Buenos Aires. Los esfuerzos de mamá y de los otros del Hotel d'Angleterre conseguían reuniones restringidas para el tenis o el bridge, o para partidos de polo en casa de los Valenzuela, pero no podían evitar los encuentros en la playa, en los concursos de hípica o en los bailes de los hoteles, casi cada noche. En los bailes del nuestro, que eran los mejores, las mamás de las solteras encontraban un sistema de apartarnos un rato, y era darnos fichas suficientes para que perdiéramos un par de horas y matáramos la noche en el casino del hotel.

Ahí aprendí yo lo que era tirar el dinero, y una noche que la ruleta me importaba muy poco supe que lo que de verdad quería era bailar con Serapio. Anita Figueroa, recuerdo, me pellizcaba desde detrás de mi asiento, y de vez en cuando se inclinaba y me decía al oído sin perder la sonrisa: «Zoila, estás llamando la atención.»

No le importaba nada, ni tampoco a mí, que me estuviera jugando a un número o a un color lo que se había ido convirtiendo en un montón de dinero. Hacía tiempo que el *croupier* había comenzado a cambiarme las fichas redondas de cinco francos por otras rojas de cincuenta, y luego otras de cien, rectangulares.

También a mí me preocupaba lo de llamar la atención, una de las pocas cosas que podían irritar en serio a papá, y ahora a mí, y esa fue la causa de que no pudiera perder todo el dinero que había ganado. Porque eso quería: perderlo para irme a bailar. No podía apostar todo a un número, multiplicando riesgos hasta romper mi suerte, y tenía que hacerlo de a poquitos. Pero ganaba casi más veces que perdía, y por cada pleno, porque apostaba a plenos, me multiplicaban mi apuesta por 36.

Quise irme un par de veces pero los demás jugadores protestaron, yo les traía suerte, decían. Me quedé sobre todo por un hombrecito impecable, indiferente, a quien miraba angustiada una mujer que se paraba detrás suyo como Anita Figueroa detrás mío. Desde poco después de comenzar a jugar yo, igualmente indiferente, el hombrecito se había comenzado a recuperar.

Supe lo que había hecho cuando me vino a buscar mamá y en la caja el jefe de sala me preguntó si no prefería que me consignaran el dinero en un banco. «*Il est dangeureux de se promener avec cette somme, mademoiselle*», me dijo con una sonrisa cortesana, y añadió «*La chance change tout le temps.*»

Ya no bailé esa noche, claro, y me dormí angustiada porque no entendía lo que me estaba pasando. En los días siguientes lamenté mi suerte más todavía porque todo el mundo se acercaba a felicitarme, todos hacían las mismas gracias y casi todos me pedían más o menos en serio que les acompañara un día a la ruleta.

Menos mal que lo de enviarnos a jugar acabó esa noche. A la mañana siguiente deduje, por la cara de papá –ni mencionó el incidente–, y por los ojos enrojecidos de mamá, que hubo pelea. Leopoldo Carlos no comprendió nunca que con la suerte que me ha permitido ganar siempre no quisiese acompañarle al casino, cuando íbamos a Estoril, San Remo o Cartagena. Ese fue uno de los pocos secretos que le escondí. Tampoco le confesé nunca que mis muchas excusas para no aceptar las invitaciones de los Morató a Punta del Este se

debían, no sólo a mi miedo a los casinos, sino al temor de encontrarme allí con Serapio.

Fue el único que no se acercó a felicitar me, Serapio, y el único que yo deseaba que lo hiciera. Y no por vanidad, no había vanidad posible en esa suerte de bobo, sino porque con las más sencillas palabras de enhorabuena yo me hubiese sentido perdonada.

Me sentía culpable. Me sentí, me siento aún culpable de haber permitido la estratagema de mi madre para alejarme de él, de él y no ya de Patacón Gómez o de Fernando Rodríguez Angulo. El no apareció por la playa ni en los bailes en la semana siguiente, y a la otra fuimos a las carreras de Deauville, que anunciaban ya el final del verano.

Antes de salir me las había arreglado para dejarle una nota en su hotel, una nota cobarde: aunque no la recuerdo en detalle, nunca la he podido olvidar. No respondía a lo que me había preguntado la noche del casino justo antes de que mamá me enviase a jugar al Hotel D'Angleterre. Cuando regresé de Deauville encontré una carta suya que en cierto modo había deseado y temido, y que guardé para leer por la noche, a solas en la cama. La carta era una cachetada, una hoja en blanco. Sólo aparecía la firma sencilla, Serapio, al pie de la página, y un remite de Cambridge, escrito en el reverso del sobre como quien deja una llave bajo el felpudo.

Duró muy poco, mi cuento con Serapio, y aunque es el único que he vivido, creo que siempre es así. Días después de su llegada con los Gómez quedamos emparejados en una partida de croquet en la casa de las Hurtado, y tan pronto jugamos un poco se me pasó la antipatía. Él jugaba bien pero no le daba la menor importancia, se veía pronto que no tenía gran cosa que ver con nuestro mundo, que considerábamos el mejor y era, es en realidad, tan pequeño. Sabía estar, desde luego, aunque eso, entonces, era lo normal. Para eso nos educaban, para saber estar. Pero él estaba de una manera distinta, como de paso hacia otro sitio, como si supiera, ya entonces, que éramos el último vagón de una caravana, y que de todas formas la caravana ya no va a ninguna parte. Ya entonces algunos le reprochaban su aire distante, aunque sigo creyendo que éste venía en realidad de su párpado caído, que le obligaba a echar la cabeza hacia atrás. En realidad era más bien tímido, serio.

Así ha sido, la caravana no ha ido a ninguna parte. Él me lo dijo, o me lo dio a entender. Durante la cena que siguió a la partida de croquet me trató, en el rincón de la mesa que habíamos conseguido para nosotros, con una sencillez que no conocía ni tampoco he vuelto a encontrar, y al día siguiente, en una cita en la playa, temprano para eludir a los otros, me habló de proyectos que no tenían nada que ver con el tiovivo de luces, bailes y caballos en el que yo vivía perdida, ni con los planes más bien predecibles de los muchachos de mi entorno. No dejan de ser irónicas ahora las noticias, como si en su vida no hubiese hecho otras cosas.

El paseo de esa mañana terminó bruscamente en el faro sobre las rocas que según me dicen aún se conserva, aunque ya no funciona, y sin que sucediera nada. Hubo un silencio y yo intuí, supe que algo iba a suceder, lo supe como si lo estuviese viendo. Asustada por el deseo inesperado de abrazarle, besarle, un deseo más violento que cualquier otro que hubiese sentido nunca, le pedí que regresáramos y no le di tiempo a decir que no.

Por la noche en el Hotel d'Angleterre, en ese salón en el que ahora desayuno con Valeria por las mañanas entre gente que se permite entrar en pantalón corto, me sacó a bailar desde el comienzo, y algo debía de vérsenos porque nadie se acercó a pedirme un baile, y no sé si hubiese aceptado. Recuerdo el tacto suave de su mano, su brazo en mi cintura y mi deseo, más tranquilo pero quizá más intenso, de que me acercara más, sin atreverme a hacerlo yo, para sentir mi pecho contra el suyo. Es un recuerdo que me he negado toda la vida, y que Dios me perdone porque alguna vez me vino en la intimidad con Leopoldo Carlos.

Ahora qué más da.

## EL IRLANDÉS QUE NO LO ERA

Él, L.P., periodista cansado, viajaba al norte tan pronto como podía, con la desesperada intuición de que sólo el viaje –el viaje al norte, París, Londres, Roma, a veces Berlín– podía devolverle de cuando en cuando, como los plazos de un crédito, la sangre que tenía que ir invirtiendo día a día en su periódico.

Ella, A.N., alta, morena, pómulos de esclava, iba todas las tardes con su hijo a los jardines de las Tuilerías, pasaba las mañanas en la silenciosa sección de arte de la Bibliothèque Nationale, y se transformaba por las noches en compañía, adorno, baza decisiva en la veloz carrera de su marido como alto cargo de una multinacional de ordenadores. París a los 39 años, nada menos.

Octubre fue para él, como siempre, un alivio. Al fin un poco de fresco, noches más largas y ya no las infinitas tardes de agosto, regreso de Madrid a su verdadera naturaleza de ruido y atasco y conflicto en lugar del escenario fantasma en cuyo silencio destaca más la radio del vecino superviviente. A ella, danesa de Skagen, una península donde rebota la luz de dos mares, octubre la ponía en un estado de exaltación parecido al del estudiante que después de tres meses de tedio de playa, discoteca, oye fascinado los engranajes de su cerebro al ponerse otra vez en marcha.

La noche en que coincidieron ambos eran gente nueva, dispuesta, exaltada por los amarillos moribundos y los rojos intensos de octubre, y por eso quedaron enganchados el uno del otro con una fuerza que ya no se hace. Cómo fue no importaría demasiado de no ser porque ayuda a comprender el final de esta historia... Se conocieron en una de esas charlas amables que se inician en los restaurantes de mesas demasiado juntas a los que se va a la salida de los teatros. El marido de A.N. quiso ver en L.P. a un irlandés, un paisano en la combinación de pelo negro, tez muy blanca y ojos azules, y ahí comenzaron a desfilar más botellas de las necesarias para acompañar a los quesos, y luego una larga sesión de rondas de armagnac que terminó cuando las sillas ya estaban

puestas sobre las demás mesas, el suelo limpio y los camareros vestidos de calle. Para el marido hubiera sido quizá un encuentro divertido, nada más. El y ella maniobraron para otra cena, y luego otra. En esa tercera, que era de despedida pues regresaba a Madrid, y con la sinceridad de quienes no cuentan con tiempo, se las arreglaron para citarse a la mañana siguiente en el hotel. Allí, tras un largo abrazo, él la hizo sentar en el borde de la cama, se arrodilló a su lado, le cogió una mano y le explicó que no quería hacerlo así, rápido y probablemente mal, que quería verla otra vez, vivir con ella, tener tiempo por delante.

Comenzó al día siguiente, ya desde el avión, una correspondencia intensa y secreta que, como los ojos del irlandés, ayuda a construir el final. Él recibía su correo en el ático del Madrid de los Austrias, ella en la Poste Restante, y no en la oficina de correos más cercana a su casa, sino en una situada a dos estaciones de metro de la Bibliothèque Nationale. No llevaba las cartas a su casa, como pudo comprobar quien la robó por dos veces en el metro y una en su casa, sino que las dejaba en la mesa con llave la que le daba derecho su trabajo de investigación; un lugar estratégico entre incunables y obras maestras, y en consecuencia de casi imposible acceso.

Esas cartas demostrarían, si fuese preciso, hasta qué punto la pasión fue sincera y fuerte entre L.P. y A.N., y en ellas podrá reconocerse todo aquel que haya vivido lo suficiente: él se pregunta atónito qué le ocurre, ella no soporta una ciudad súbitamente vacía, él, allá en Madrid, va dejando de lado a sus amigos, ya no sale, busca la soledad, ella difícilmente aguanta a su marido, dice, y se tiene que retener para no rechazarle siempre, él llega a escribirle poemas – poemas tristes, melancólicos, sobre la ausencia–, ambos preguntan todo el tiempo si aún son queridos y comienzan a crear un lenguaje propio, una jerga, e intentan superar la distancia, la insuficiencia del correo, y vencer el tiempo que pasa: acuerdan saludarse al despertar y antes de dormir, recordarse con el ángelus a mediodía, y pensarse intensamente, imaginarse con sinceridad y, a las siete en punto, pensar en lo que harán cuando puedan verse al fin.

Las cartas comenzaron a ser leídas por ojos ajenos en el momento en que el lenguaje paralelo comenzaba a inventarse una gramática, y cuando los horarios del recuerdo, por así decir, ya habían sido establecidos y sólo necesitaban de alusiones. Las cartas ya no resultaban pues cargantes en su retórica de enamorados, sino enigmáticas, misteriosas, sugerentes.

Eligieron Londres, una ciudad posible, para su reencuentro, y aun así, temerosos de tropiezos casi inevitables entre tanta gente, marcharon a Escocia. Buscaban, claro, en el otoño brumoso, los ríos, los amarillos apacibles, un cuadro que no desentonara con sus cartas, a la vez que opaco, no demasiado visible, como lluvia fina al otro lado de una ventana.

Sí, L.P. había intuido bien en el hotel de París. En Escocia, con casi una semana por delante, entre piedras alisadas por los siglos y prados eternamente húmedos por el rocío y la niebla, dejaron que la espera fuese creciendo lentamente en ellos hasta que todo fuese natural sin necesidad de músicas ni bebidas. Cuando finalmente quedaron desnudos el uno frente al otro, sus cuerpos no les parecieron extraños compañeros de una voz, una mirada, unas manos que conocían bien; el cuerpo le él no se correspondía con su edad, tal como había temido ella, y estaba desgastado por la falta de sueño y la comida de lata. El de ella, en cambio, como confirmó él con un temblor casi imperceptible, era de un blanco que sorprendía bajo su pelo negro, y de una suavidad y ternura como L.P. no había conocido nunca.

Quién sabe qué hubiese ocurrido en el caso de que L.P. y A.N. hubiesen cedido aquella mañana en París a su deseo de guiar las caricias de una mano o humedecer los labios en lugares escondidos. Probablemente no hubiese ocurrido nada más. En Escocia, por un inesperado efecto del abrirse con sinceridad y esperarse sin prisas, fueron quedando más unidos, cada vez, hasta que les pareció imposible separarse. La última noche permanecieron abrazados, sin dormir, preguntándose cómo iban a lograr sobrevivir el uno sin el otro.

Lo consiguieron, no sin esfuerzo. Reiniciaron de inmediato el pobre sustituto de una correspondencia intensa, aunque ligeramente distinta. No primaba ya la desolación por la ausencia, sino cierta rebeldía ante ella, que poco a poco fue planeando otros encuentros. Una noche, tras una fiesta en la que había bebido demasiado, ella se sentó de golpe en la cama como quien ha sido golpeado por el error de una pesadilla, y tuvo que violentarse para fingirla ante su marido, también despierto, cuando en realidad exultaba ante la dimensión de su hallazgo: porque A.N. se había acordado del viaje de Christian Lebot a Bayona. Dos meses de verano en los que había pintado mucho, pero *mal*, cuadros que parecían ejercicios para no perder la mano, contruidos con tal serenidad y ausencia de búsqueda que, admirablemente en él, parecían las obras sin vida ni talento de un profesor de Bellas Artes.



En el mismo instante en que A.N. recordó ese período de Lebot, decidió que ella lo recuperaría para la historia del arte, iniciaría de inmediato un voluminoso estudio sobre ese verano marginal. Tendría que viajar mucho a Bayona, y Bayona estaba a una noche de tren desde París, y a otra desde Madrid.

Así encontraron L.P. y A.N. una vía para mantener encendido su amor a distancia, y resultó tan fácil como una pasión por la caza o por navegar a vela. No tuvieron mayores dificultades para encontrarse con cierta regularidad en el sur de ella, en el norte de él y, lo que es más importante, con perspectivas de hacerlo durante mucho tiempo, tanto como durase un estudio inacabable sobre dieciocho cuadros y dos grandes cuadernos de bocetos.

No tardó en crearse algo parecido a una rutina, que ellos llegaron a ver como una suerte de matrimonio; al final de cuentas, se decían en las difíciles despedidas, estaban más tiempo juntos que muchos matrimonios de pilotos o de maestros de escuela rural. Además, las separaciones y encuentros saboteaban la monotonía que –tenían ya edad para saberlo– corroe y destruye, e incluso mata.

Un jueves de cada dos, y prácticamente a la misma hora, él iba a la estación de Chamartín y ella a la de Austerlitz, y ya en los coches-cama, escuchando los anuncios de trenes y ciudades que a esa hora menudean en todas partes, despertando en las estaciones para descontar etapas, iban construyendo cada encuentro.

No hacían locuras, sin embargo. No se instalaron ni se establecieron en un lugar fijo que hubiera desmentido la investigación de A.N., pues Christian Lebot, en su veraneo mediocre, no había cambiado la naturaleza viajera que le había inquietado la segunda parte de su vida y había recorrido toda la zona, a ambos lados del Pirineo, con la ansiedad de un turista de autobús.

L.P. Y A.N. se compraron un coche blanco de segunda mano, uno de esos que abundaban en la región, y en el que guardaron, como en el deseo de un lugar propio, las cartas intercambiadas desde el viaje a Escocia que les fueron robadas un día, junto con el radiocasete. Con el coche fueron visitando todo el País Vasco, como habían hecho en Escocia: eludían los lugares frecuentados por turistas, como Biarritz, Zarauz o Fuenterrabía, pues siempre eran posibles coincidencias no deseadas, recorrían pueblecitos discretos en los que nunca

faltaba un bar y una pensión con rutinaria pero excelente comida: cordero y pimientos, merluza si estaban cerca de la costa, y angulas a buen precio, que sólo se comían en España. En esos bares era fácil además charlar con la gente del lugar, que, bajo ademanes rudos y lenguaje más bien cortante, era simpática y discreta: jamás preguntaban por otra cosa que no fuera si les gustaba el pueblo o si ya habían comido los chipirones de la patrona, famosos en todo el país.

Cinco meses después del comienzo de esos viajes, un 26 de mayo humedecido por la lluvia invisible del norte, L.P. y A.N. fueron asesinados de dos tiros en la nuca cuando salían del bar La Francisca, en Elanchove, costa de Vizcaya. Anocheceía y el agresor, un hombre de unos treinta años que vestía un cortavientos amarillo, caminó hacia otro coche de color blanco, idéntico al de ellos, a cuyo volante esperaba otro hombre con el motor en marcha.

Nunca se les identificó. En el comunicado difundido dos días más tarde, los ejecutores explicaron la verdadera identidad de L.P. y A.N., conspiradores que bajo la apariencia de un periodista y una investigadora se habían dedicado a recorrer el país en busca de información y contactos, en una clara labor de apoyo para futuras acciones de guerra. Antes de su desembarco se habían preparado de una forma concienzuda que demostraba su capacidad profesional: él, como periodista de sucesos, había aprendido de armas y métodos de sabotaje. Ella, como supuesta especialista en el pintor Christian Lebot y esposa de un ejecutivo de una multinacional que le ofrecía excelente cobertura, se había documentado sobre infinidad de aspectos de la vida del País Vasco. Una correspondencia entre ambos, interceptada, demostraba igualmente su pericia en códigos y transmisiones en clave.

## LADRA DI CANI

Llueve. Llueve sobre las afueras de Roma y Annalisa escarba la cerca confiando en llegar hasta Panda antes de que alborote. Llueve. Annalisa se aparta el pelo de la cara con el reverso de la mano y se pinta de barro. No le importa, ni lo piensa, está pendiente de cavar lo suficiente para poder pasar. Llueve, llueve sobre Roma. «Tranquila, Panda, tranquila», musita de cuando en cuando. Y cava con las manos.

En la casa la fiesta continúa, más sosegada. Las voces han ido bajando el volumen, aún se oye alguna carcajada, suena un bolero. Deben de estar bailando, piensa Annalisa, y se imagina dos o tres parejas dispersas por los sofás, dos o tres parejas bailando en el amplio salón, todos pensando en lo mismo. Ha reconocido los coches de Paola, Giancarlo y Alberto en el porche de la entrada, además de otros dos, y se imagina las chicas que han llevado maniqués intercambiables, azafatas de revista, infelices. Varias se quedarán a pasar la noche.

El foso es ya casi suficiente y Panda, que siente la cercanía, gime con más fuerza. «Tranquila, Panda, tranquila», musita Annalisa, y araña la tierra, ya no piensa en quitarse el pelo que se le pega a la cara. La tierra arenosa se escurre por el agua, a cada rato tiene que empujarla más atrás.

Atrapada en el esfuerzo, Annalisa no ha oído la llegada de otro coche

Que al entrar en la finca la ilumina y paraliza como un conejo. Sus negros ojos brillan deslumbrados por los faros. Cree que la han cazado. No se dejará, decide, no dejará que la aparten de Panda, se la llevará consigo pase lo que pase. Pero el coche sigue lentamente hasta el porche de los coches, se detiene, apaga las luces, el motor, y un hombre y una mujer bajan y corren riendo bajo la lluvia hasta la puerta. Se abre ésta, deja ver un instante de la fiesta a media luz, voces, se vuelve a cerrar. Annalisa siente el frío que le ha calado el chaquetón y le llega a la piel, se mira por entre el barro varias uñas rotas. «¡Mierda!», masculla. Sigue cavando.

De pronto comprende que ya puede pasar. Y si ella puede, también podrá Panda. Con cuidado para no provocar más corrimientos, Annalisa se acuesta sobre la tierra y se desliza poco a poco por debajo de la cerca, hasta encontrarse al otro lado. Panda, que algo ha comprendido, gime, gime con más fuerza.

«Tranquila, tranquila», dice ella mientras corre hacia la caseta, abre la puerta y con rapidez calla a Panda, que ha llegado a soltar dos ladridos. Con la perra sujeta a su pecho, Annalisa escucha. Oye el rumor lejano de la fiesta, y los latidos de su corazón y el de la perra, que le lame la cara y la mano con la que intenta sujetarle el morro. La tranquiliza, le habla, le susurra «tranquila, tranquila». Le mira el vendaje de la pata delantera. Está sucio y viejo. Annalisa jura de nuevo, aunque esta vez en silencio. La lluvia repica con estruendo en el techo de uralita.

Decide no perder más tiempo. Coge una manta del nicho en que duerme Panda, la levanta con esfuerzo, pesa, abre la puerta, mira hacia la casa, comprueba que todo sigue igual, y procurando tapar al animal con la parte alta de su cuerpo, corre hacia la cerca. Allí deposita a la perra en el suelo, le dice que esté quieta. Panda comprende. La empuja lentamente, con cuidado, mientras ella sigue el mismo camino.

La puerta de la casa se abre cuando ya casi ha terminado de pasar. Annalisa no mira hacia atrás. Se da cuenta de que algo ocurre porque la música es más nítida. Tras un silencio breve oye la voz de Giorgio: «¡Eh!», y luego otra vez, «¡Eeeh!», más fuerte. Annalisa no espera más, se levanta de golpe con la perra entre los brazos, engancha el chaquetón en la alambrada, tira; siente el desgarró en la espalda y corre, corre hasta el coche a unos cien metros. Ahí se da la vuelta: Giorgio ha llegado hasta la cerca y mira desde allí, ya no grita, ha comprendido. Ella abre la puerta de su coche, coge a la perra y la coloca en el asiento de atrás, con cuidado, se sienta al volante y arranca.

Cree que ha vencido, Annalisa. Cree que ha vencido y por eso, mientras conduce nerviosa por el camino de la finca que lleva a la carretera hacia Roma deja oír una carcajada. «¡Mascalzone!», dice, feliz. Pero la palabra se le muere en la boca al ver que un coche, el coche de Giorgio, le tapa el camino, poco antes de la entrada a la finca. Ha sido más rápido y la ha alcanzado por el otro camino. Los faros de otros coches la deslumbran desde su propio espejo: tampoco puede retroceder.

Annalisa detiene el coche a unos veinte metros, apaga el motor, tranquiliza a Panda que la mira interrogante, se baja. Siente de nuevo la lluvia en la cara a la vez que un gran cansancio. El coche que la sigue también se ha detenido pero sus ocupantes no se bajan. Su luz ilumina a Annalisa por detrás y, más, a

Giorgio, de pie junto a su coche. A lo lejos la luz de Roma tiñe de morado la tormenta.

«No te la voy a devolver», dice Annalisa. «Te advertí que si le ocurría algo me la llevaría.»

«Nunca pensé que fueras una ladrona de perros», dice Giorgio. Ninguno de los dos levanta la voz y el rumor de la lluvia tiende a llevarse las palabras.

«No soy una ladrona de perros. Me llevo lo que es mío.»

«Panda no es tuya.»

«Sólo te la presté.»

«¡Hace un año! Durante todo este tiempo ni has llamado para saber cómo estaba. Ahora es mía.»

«No necesitaba llamarte para saber cómo estaba. La prueba es que me he enterado de que la habías atropellado. Eres un inepto.»

«¡Fue un accidente!»

«Un accidente que rompe el compromiso. Me la voy a llevar.»

«No.»

«No sé cómo lo vas a impedir.»

Giorgio guarda silencio. Luego dice:

«La policía te lo impedirá.»

Llueve, llueve aún sobre Roma cuando una caravana de tres coches se detiene ante el puesto de carabineros más cercano. De los dos de los extremos desciende una tropa del mismo estilo –ellos, guapos, sonrientes, seguros, ellas, delgadas, seductoras, perfumadas– y del coche de en medio baja una mujer que viste un chaquetón desgarrado por detrás. Lleva en los brazos un perro con una pata vendada y los ojos negros le brillan de emoción.

«Esta mujer ha entrado en mi casa y ha robado mi perro», dice Giorgio caminando aún hacia la mesa del sargento.

«Me llamo Annalisa di Gregorio y he entrado en la casa de este señor para recuperar mi perra», dice Annalisa.

El sargento les mira, mira a su compañero, que se sienta en una mesa al lado, mira a la tropa que espera un poco más atrás y que casi guarda silencio, y vuelve a mirar a Annalisa y Giorgio.

«Por favor, no hablen los dos al tiempo.» Es un hombre joven, rubio, tiene acento del Véneto.

«Soy el doctor Giorgio Abbro. Me encontraba esta noche con unos amigos en mi casa y vi desde la ventana que algo raro sucedía al otro lado de la perrera. Al salir, vi que esta mujer se llevaba mi perra.»

«No es su perra!»

«Luego hablará usted. Prosiga doctor.»

«Corrí en mi coche y le corté el paso en la carretera. Luego hemos tenido que venir aquí porque no me la quiere devolver.»

«No es su perra. Yo se la dejé hace un año con el compromiso de que la cuidaría bien. Pero hace una semana la atropelló con su coche. He venido a recuperarla.»

«¿Es cierto eso?»

«¡No, no es cierto. La perra era de los dos!»

«¡No era de los dos!» Annalisa se vuelve: «Alberto, Giancarlo, vosotros sabéis que no era de los dos. ¡Panda ya estaba conmigo cuando vine a vivir aquí!»

«Luego, señorita. Ahora deje hablar al doctor.»

«Era de los dos. Hace un año ella decidió marcharse y yo me quedé con la perra. Yo vivo en una finca y ella en un piso en la ciudad. Es lógico que yo me quedara con ella. Un perro está mejor en el campo.»

«¡Cómo! ¿En una perrera? ¿Con un hombre que ni mira hacia atrás cuando saca el coche?»

«¡Fue un accidente! Sargento, usted comprende que fue un accidente. La perra ya se está recuperando.»

«¡Recuperando! ¡Mire este vendaje! ¡Ande, mírelo! No lo cambia desde que se lo pusieron. ¡Y en una perrera!»

«Señorita, los perros están para vivir en perreras.»

«¡No cuando tienen una pata rota! Escuche: fui yo quien le obligó a construir la perrera. ¡Él quería dejarla fuera, incluso en invierno!»

«¿Es cierto eso?»

«Es una forma de contarle. En realidad, la casa estaba recién construida cuando ella vino a vivir conmigo: todavía no había mandado hacer la perrera, pero pensaba hacerlo.»

«¿Sí? ¡Qué memoria! Escuche sargento: construyó la perrera porque esa fue la condición que le puse.»

«¿Y por qué le dejó la perra?»

«Me dio pena. Decía que quería guardar algo mío, decía que Panda significaba mucho para él.»

«Y significa. Si le hubiera importado tanto no me la habría dejado, como dice. La perra se quedó conmigo porque era más mía que suya, y ambos lo sabíamos.»

«¿Lo sabíamos? Yo no sabía nada. Además ¿y la alambrada? ¿Cree usted que es forma de tener un perro, en una perrera rodeada de alambradas, como en un campo de concentración?»

«No es una alambrada, es un enrejado de gallinero.»

«Es igual! ¡Panda no es una gallina!»

«Es una perra estupenda pero peligrosa. La encierro cuando viene gente.»

«¡No es una perra peligrosa y no la encierra sólo cuando viene gente! ¡La encierra siempre, de día y de noche!»

«¿Y tú cómo lo sabes?»

«Porque lo he visto. He venido... a veces... y he visto.»

Llueve, llueve en la madrugada de las afueras de Roma mientras en un cuartelillo un hombre elegante y una mujer con el chaquetón desgarrado y barro en la cara discuten por la propiedad de una perra herida. Llueve...

## NO HISTORIA

El primero fue uno de tantos encuentros de viaje. Amanecía sobre Jamaica y ambos se resentían de los pies hinchados, la nariz seca y el asiento sobre el que habían dormido. Él miró sin ganas el cielo encendido por la azafata al levantar la persiana, ella rebuscó en su maletín y sacó una cámara con la que encuadró esa vieja foto del ala señalando las nubes. Amable, él le indicó que aún se podía ver la noche, muy atrás, y le cambió el sitio para que también intentara fotografiar la línea entre la noche y el día. Luego les volvió la misma timidez de la noche anterior, mas ya era tarde. Ella quiso devolverle el sitio, él no quiso, quedaron cada uno como invitados en el asiento del otro.

No tuvieron más remedio que comentar el viaje interminable, la nostalgia de los barcos, el café de madera de los aviones, su coincidente odio por el álgebra y qué difícil lo tiene esa señora que viaja con dos niños. Esa conversación no duró mucho. Tuvieron que esperar, por turnos, para lavarse las manos e intentar quitarse de los huesos el polvo del viaje, y está calculado que los pasajeros apenas puedan hacerlo antes de que les ordenen atarse para aterrizar.

De ese encuentro no guardaron el nombre, aunque él conservó el recuerdo de una trenza negra y gorda enrollada en la nuca como un caracol, y unas manos ya tan cuidadas como las de una mujer. La mencionó en una de sus primeras cartas a su casa, cuando aún se intenta contar todo, y en una de las últimas –ya la conocía mejor–, cuando sólo se cuenta por obligación o entusiasmo. Nadie le esperaba y ella quiso ayudarlo en un aeropuerto oscurecido por la lluvia de las seis de la mañana, la más triste de las lluvias posibles. Él permitió que pidiese por él una llamada a una telefonista enemiga, mas no quiso que lo acompañara –el callejón era siniestro como un callejón con basura– mientras venían al fin a buscarle. Además, pese a todo, ella ya estaba lejos desde que el avión enfiló la pista.

Coincidieron un mes más tarde, en uno de esos almuerzos británicos que se hacían, quizá se hagan aún, en algunas fincas del altiplano de Tres de Marzo: un prado casi gris, grandes eucaliptos, el cielo blanco alargado por las nubes sobre la cordillera, hombres vestidos de *tweed* como en un anuncio de whisky, blusas de seda para las jóvenes, terciopelo en las piernas, ella llevaba al cuello un pañuelo Hermés que la distinguía de las demás.



En sus primeras cartas, frecuentes, Alejo se había quejado de no haber visto aún llanuras y caballos, y sí en cambio coches muy viejos por las calles de una ciudad en la que se respiraba amenaza, soldados, y el rastro de algo distinto, difícil de mirar, en los ojos de mucha gente. A partir de ese almuerzo campestre sus cartas se espaciaron, más alegres, y sobre ellas se hubieran podido calcar las de muchos estudiantes que descubren América en verano. Cuando ya faltaba poco para el regreso, contó un paseo de cuatro días a un cafetal tan grande que entre sus fronteras el clima cambiaba dos o tres veces. Los hombres llevaban machete, a veces revólver, las mujeres se cubrían la cabeza con Pañuelos, y los caballos, bajitos y correosos, se montaban con sillas que parecían mecedoras. Los invitados se habían bañado en un río limpiado con dinamita de tembladores y culebras, habían comido carne al desayuno, y cantado por las noches al borde del fuego, ya se sabe, guitarras y aguardiente.

En ésta, una de sus últimas cartas, Alejo la volvía a mencionar. Decía que al paseo había ido su amiga del avión, y que cantaba como una profesional. Exageraba, claro.

En Cambridge, entre una población ciclista que parecía víctima de un programa de lavadora demasiado largo, Daniela era tan exótica como las estudiantes iraníes o japonesas; las indias y africanas casi parecían formar parte del paisaje. Sólo en Cambridge Alejo cayó en cuenta de que Daniela tenía los pómulos altos, aunque de forma distinta que una esclava. Fue a verla en unas vacaciones, tras dos años y cuatro cartas desde el almuerzo inglés en el altiplano de Tres de Marzo. Ella había pasado por Madrid, pero él hacía guardias en un lejano cuartel.

Llovía cuando preguntó por ella en la portería de Magdalen college; le explicaron que no vivía allí, tan sólo estudiaba y recibía el correo, y que de todas formas viajaba esos días por Italia. Llegó cuando Alejo ya estaba harto de abril y le quedaba poco tiempo. Ella llamó una tarde gris a la puerta de su habitación de hotel, y se le quedó mirando como si reconstruyese una imagen. Le reprochó haberle avisado de su llegada demasiado tarde, cuando ya no era posible cancelar su viaje, de forma que se preguntó durante todo el vuelo si aún estaría. La frustración fastidió el encuentro, sin duda.

Sólo tuvieron una tarde agradable, y no terminó bien. Pasearon por el borde del río y por campos de tenis de un verde húmedo que Alejo nunca había visto, acudieron a un concierto de voces mientras anochece en las vidrieras de una iglesia, y con la llegada de la niebla, sin parar de hablar, en lo que parecía una cuerda sin nudos, encendieron fuego y prepararon té en la casita de jardinero que Daniela compartía con otras dos estudiantes. La tarde se fue apagando entre la niebla gris y el brillo de la hierba. Ella ya había recogido los pies bajo la falda –se encontraban en un sofá de flores pálidas estampadas sobre un fondo azul– cuando sonó el teléfono. Se levantó sin ganas a contestar pero algo cambió al saber quién era porque estiró el cable del teléfono hasta entrar en la cocina, cerró la puerta y bajó la voz.

Alejo comprendió como se comprende una mirada, una caricia, una blasfemia. Se marchó de allí antes de que Daniela terminase su conversación, y cogió el primer tren a Londres. Desde allí envió una torpe carta de adiós que sin embargo decía: «Algún día encontraremos una tarde sin teléfono.»

De alguna forma inexplicable aquí comienza una parte distinta de la misma historia. Dos días después Daniela llamó por teléfono a Madrid. Lo hizo a las tres de la mañana, como si temiera a un Alejo demasiado despierto, o como si no soportase la soledad de su casa al regreso de una fiesta. No le dio ninguna explicación, tampoco él; mas la llamada rompió el muro y pudieron aún escribirse un par de cartas temblorosas de anhelo antes de quedar secuestrados por los exámenes, y más separados aun por el verano, que ella pasó en Sudamérica y él en Noruega: tan lejos uno del otro que llegaron a dudar de su existencia real.

Así, lentamente se fueron instalando en la memoria del otro como un lejano recuerdo, ideal y feliz y también improbable. Durante algún tiempo Alejo tuvo noticias de Daniela mediante los delgados hilos que aún conservaba de aquel verano en Tres de Marzo, llegó el día en que también esos hilos perdieron la pista de Daniela, y a su vez él perdió los hilos. Leyes del tiempo.

El tiempo fue moldeando la vida de Alejo como estaba previsto desde antes, mucho antes de su nacimiento. Terminó la cañera de leyes, entró en una multinacional, se dedicó más al golf aunque no le gustara demasiado, y cuando sus gastos en ropa, coches y restaurantes admirablemente caros comenzaban a

preocupar a sus padres, Alejo llevó un domingo a su casa a una de esas niñas pincel que le ayudaban a gastar el dinero con clase.

Seis meses después sus jefes le juzgaron apto para representar a la firma. Su primer destino fue Lima. Luego Houston, después Ámsterdam. Así fue como Alejo se encontró una noche en la ópera dando la mano a otra también larga y firme, de una mujer casi tal alta como él, vestida sencillamente de verde con extraordinario buen gusto, que resultó Daniela. Sí, Daniela, muy cambiada pero la misma.

Ella le había dicho que tendrían hasta las diez, y por eso a las 9:20 Alejo tomó la decisión de no esperarla más –no espiar por la ventana, no arreglar más la habitación, no desarreglarla para que no pareciese arreglada–, se bebió una tercera taza de café, frío, sin importarle ya la ansiedad, y se esforzó por concentrarse en un libro. Ella se marcharía de Ámsterdam esa tarde, él se olvidaría de haberla vuelto a ver y de la certidumbre con fiebre de que esa vez ocurriría, esa mañana lluviosa.

Daniela llamó entonces desde abajo, como si todo no estuviese ya claro. Él le había dicho que subiera directamente a la habitación 119. Apenas tuvo tiempo de mirar sus ojos cuando abrió la puerta. No supo hacer otra cosa que abrazarla. No había dejado de desearlo un instante desde que la vio sonriente frente a él en la ópera, con un maquillaje muy suave y un vestido que caía sin esfuerzo. Sintió su olor a jabón reciente, sus pechos pequeños y firmes, le acarició el pelo. Quedaban veinticinco minutos.

La hizo sentar en uno de los dos sillones de la habitación y se arrodilló entre sus piernas. Así permanecieron, mirándose, besándose a veces una mano, los labios, los ojos, sin pasión y con mucha ansiedad. Luego se contaron el mucho miedo que tenían, y de inmediato comenzaron a calcular cómo podrían volverse a ver, él, sobre todo, miraba el reloj. No era posible alargarlo, ella debía reunirse con su marido y coger un avión de regreso a Londres.

Se levantaron cuando aún no era la hora; aún así, él la empujó sobre la cama y se acostó sobre ella. Se acariciaron con rapidez, en sus manos había tanto pasión como el deseo de poder recordarse. Esta vez temían más el tiempo que la distancia, cada uno veía su propio temor reflejado en el fondo del ojo del otro. Llegó el instante en que Daniela dio la vuelta, le apretó entre sus piernas como un lamento, le miró desde arriba, le besó los ojos, cerrándoselos, se fue.

Habían planeado encontrarse en París, con la excusa de una gran exposición, pero una fiebre clavó a Daniela en la cama.

Imaginaron un encuentro de esquí y Alejo hubo de cancelar su viaje a última hora porque el marido de Daniela descubrió que sí podía ir. Por teléfono hicieron más planes, aunque progresivamente vagos, sin fe. A él le nombraron en Tres de Marzo, lo que rompió cualquier posible proyecto. La distancia, que no permitía el teléfono, favoreció una correspondencia intensa, síntoma de su larga sed, pero les desdibujó; poco a poco se fueron recordando sin arrugas ni olor, y se fueron inventando como personajes de una película.

Mas ni Alejo ni Daniela tenían corazón de cuentistas y se les fue haciendo cada vez más difícil escribir mentiras. Ella ya no podía decir que esperaba su primer hijo, ni luego que lo había tenido, él no podía hablar de sus progresivos temores de ejecutivo multinacional en un país en guerra, ni tampoco de su agobio por los montes de Tres de Marzo, de su opresión por la mirada acosada de la gente, de su melancolía por un cielo de color blanco. Le hablaba de aquel Tres de Marzo que habían conocido juntos, y que ya no existía. Así, las cartas fueron adelgazando hasta desaparecer, justo a tiempo de evitar la alarma por un silencio cuya causa apenas encontró una esquina en un periódico progresista de Londres que de todas formas ella no leía.

## TRAVESÍA DE JUNIO

*Andraixt, Mallorca, 3 de septiembre de 1967*

Este año, la tarde de la noche en que debíamos coger el barco, mi padre llegó bastante tarde de un viaje a Francia y mi madre no había tenido tiempo de arreglar el equipaje. Bronca. Mi madre decía que íbamos a perder el barco y que no habría billetes en los días siguientes, y mi padre le respondía que haber hecho el equipaje antes. Mi madre, que ya estaba harta de hacer de esclava, y mi padre, esos silencios que más vale no escuchar. Siempre lo mismo.. Aunque en esos casos lo mejor es desaparecer, me quedé para ayudar en lo que pudiera. Al fin llegamos una hora antes de que zarpara el barco y pudimos instalarnos en el camarote sin problemas.

Con las prisas no habíamos tenido casi tiempo de despedirnos de mamá. Acabábamos de sentarnos en el bar del barco, después del habitual paseo por el puente, antes de la cena, cuando mi padre dijo de pronto que iba a bajar a tierra para llamarla y despedirse. Me alegré. En ese instante sonó la sirena, como si el barco estuviera a punto de zarpar, y se me ocurrió que no había tiempo. Mi padre sonrió y me dijo que ésa era tan sólo la primera de las sirenas, y que había tiempo antes de las otras dos. No me debió de ver muy convencido porque me preguntó si me gustan los periquitos: esos periquitos que venden en las Ramblas y en el puerto. Le dije que sí, claro. Me dijo:

«Hago las llamadas, te compro una pareja de periquitos y vuelvo en un minuto.»

«¿Las llamadas?», pregunté. El sólo había dicho que iba a llamar a mamá.

«Sí,» me dijo antes de marcharse deprisa. «También tengo que llamar a mi trabajo.»

Ya no pude beber el Cacaolat que me habían servido. Nada más marchar mi padre se me cerró el estómago por completo y comenzó a apretar hasta hacer daño. Pronto no pude hacer otra cosa que mirar el reloj del bar –marcaba las diez menos diez– y el vaso de mi padre, en el que se iba disolviendo el hielo

mientras se aclaraba el whisky. Estaba previsto que zarpáramos a las diez. A menos cinco sonó de nuevo la sirena. Me bajé del taburete y corrí del bar al puente, para asomarme a la barandilla.

Aún era de día. Ya casi nadie subía por la pasarela, y los parientes y amigos saludaban con pañuelos y con gritos a los pasajeros que se asomaban, como yo. Miré a ver desde dónde podía estar llamando mi padre por teléfono y no vi nada. Dos oficinas, una de ellas de correos, parecían desiertas.

Miré un reloj: las diez menos uno. Corrí al interior del bar y le dije al camarero que mi padre no había llegado y que no nos podíamos ir. Me miró sorprendido. En ese momento sonó la tercera sirena. Corrí de nuevo al puente, con la seguridad de que vería a mi padre subiendo sonriente por la pasarela, ya no había pasarela: la acababan de retirar. Un marinero cerraba la escotilla del puente y otros varios desamarraban el barco en los pilones del muelle. Arriaban el ancla con gran ruido de hierro. Cuando he dicho que aún era de día no he querido decir que se viera bien. He querido decir que aún no era noche cerrada. Sobre el Tibidabo y el Montjuic el cielo se mantenía azul claro en tanto que abajo ya era casi de noche.

Estos son detalles que recuerdo ahora, o mejor dicho que me obligo a poner en orden porque me cuesta recordar lo que vino inmediatamente después. Sólo recuerdo una presión en el estómago, tan grande que se me había subido a la garganta, y que no me importaba estar llorando. Creo que me metí de nuevo en el barco, que grité que no nos podíamos ir porque mi padre no había subido a bordo, y creo que fue el camarero de antes el que me cogió del brazo y me llevó a la cabina de mando. La sirena sonaba ahora a todo meter, con urgencia.

En la cabina de mando corté las explicaciones del camarero. Grité de nuevo que no nos podíamos ir. Recuerdo en la misma imagen las caras sorprendidas de los oficiales, y el muelle, más separado del barco que un minuto antes. Corrí hacia el oficial ñ! Parecía más viejo. Grité otra vez que parara, que volviéramos, que mi padre no había subido, que había bajado a tierra para despedirse de mamá y que aún no había vuelto pero que ya estaba a punto, seguro, seguro de que ya corría por el muelle.

El capitán dio una orden corta que no entendí, me sacó del puente y me preguntó si veía a mi padre. Noté que el barco, aunque en marcha, ya no se movía. Me di dos manotazos en los ojos para ver el muelle: algunos familiares

agitaban aún pañuelos. «¿Le ves?», volvió a preguntar; seguí sin responder. «Escucha», me dijo con ese tono que ponen los mayores para convencerte de algo.

«¡No!», grité. «¡Tiene que venir en cualquier momento! Sólo ha ido a llamar por teléfono a mamá.»

«No te preocupes,» me dijo de nuevo: «si pierde el barco lo cogerá mañana. ¿Os espera alguien en Palma? »

Creí entonces que tenía el argumento definitivo:

«No, no me espera nadie.» Oculté que mamá llegaría en avión con mis hermanas a mitad de la mañana, o quizá no lo recordaba. «Y además, si pierde el barco, mañana no podrá cogerlo. En estos días no hay plazas.» Eso lo había oído yo en la discusión entre mis padres.

Sonrió.

«Claro que hay plazas. Yo haré lo necesario para que tu padre pueda coger el barco mañana. Ahora hay que seguir.»

«¿Y qué hará conmigo? Ya le he dicho que no me espera nadie.»

Sonrió de nuevo.

«Algo haremos», dijo, y se dio la vuelta para continuar la maniobra. Luego me dijo que me podía quedar para ver cómo sacaban la bañera del puerto. Dijo que no era fácil pero que tenían a Mazuera. Le dio una palmada en la espalda al timonel: «Mazuera es capaz de sacar una sardina de la parte de debajo de una lata sin mover a las demás.»

Fuimos al comedor cuando ya el barco enfilaba hacia Mallorca. El capitán me había invitado a cenar con él, en la mesa de oficiales, y había prometido llamar a la capitanía del puerto para que mi padre no se inquietara y asegurarse de que al día siguiente encontraría pasaje. En cuanto al coche, cuidaría de que lo desembarcaran mientras él llegaba.

Al poco de sentarnos sentí una mano suave en mi hombro y un perfume, mientras alguien me preguntaba qué hacía allí. Me giré y vi a Isabel Kindelán, una amiga de mis padres que al principio no reconocí: la recordaba en la playa, o en las cenas de mis padres, siempre muy morena. Es de Madrid. El capitán se levantó, lo mismo hicimos los demás. La presenté y no pude evitar pensar en lo orgullosa que se habría puesto mi madre de haberme visto. El capitán la invitó

a sentarse con nosotros. Al final de la cena, sin que nadie lo dijera, quedó claro que ella me tomaba a su cargo.

Era algo que yo había sospechado tan pronto la vi y supe que debería explicarle lo que había ocurrido. Conté sólo la mitad. Dije que mi padre había llegado tarde de un viaje a Francia pero no dije nada de la bronca en mi casa, y conté que había bajado al puerto para hacer unas llamadas urgentes, sin especificar a quién. Olvidé por supuesto lo de los periquitos: pensaría que soy aún muy niño.

Tampoco mencioné las lágrimas, cuyo rastro esperé que se hubiera borrado de mis ojos. Para entonces me avergonzaba de haber llorado, e incluso me parecía extraño haberlo hecho. Mi padre había perdido el barco pero me habían garantizado que cogería otro al día siguiente. Gracias a ello yo había visto, a la derecha del capitán, la salida del puerto. Es algo que no olvidaré: las órdenes en la cabina de mando, el suave deslizarse del *Ciudad de Barcelona* por entre los cargueros amarrados en los muelles, y finalmente la salida a un mar tranquilo en el que navegaban algunas barcas de pescadores con sus faroles ya encendidos. Salían las primeras estrellas.

Por todo ello no me hizo mucha gracia la aparición de Isabel Kindelán, aunque, de los amigos de mis padres, era de las que mejor me caía. Su marido, en cambio, me parecía un gilipollas. Pañuelitos al cuello y siempre repeinado con gomina, y utilizando muy poco su barco, que mantenía amarrado en Andraixt. Ofrecían muchos cócteles en él, y apenas navegaban. Es algo que nunca entendí. Me sentí obligado a preguntarle por su marido, tan pronto quedamos solos, y me arrepentí nada más comenzar la frase porque me di cuenta de que se me había olvidado su nombre. Había querido ser educado y me veía obligado a preguntarle por su «marido». Suena fatal, «marido». «Oh, está por ahí», dijo Isabel «creo que navegando», y sonrió de una forma que me pareció triste. Mi madre tiene varias amigas que se le parecen. Son guapas, se visten y huelen bien, y parece que están tristes. Isabel me preguntó si quería hacer algo o prefería dormir. Ya era medianoche.

Buscamos algo que hacer, pero no hay mucho que hacer, yo ya lo sabía, en los barcos que cruzan a Mallorca y regresan a Barcelona. Cierran el bar después de la cena, no hay cine y la gente que no tiene camarote se acomoda como puede



en un salón que parece un cine con sillones grandes. A juzgar por las caras de los pasajeros a la mañana siguiente, deben de ser muy incómodos.

Isabel decidió que dormiríamos en su camarote, y pasamos por el nuestro para recoger mi equipaje y el de papá. Se lo agradecí. La perspectiva de dormir solo era lo único que me había continuado preocupando durante la noche. Pero al ver las dos camas, la una encima de la otra, y el pequeño espacio restante, me entró un gran apuro. Me tendría que desnudar delante de Isabel, y eso era algo que ya no hacía ni con mi madre. De nuevo vino en mi auxilio. Me dijo que me fuera metiendo en la cama, le ella iba a la cabina de mando para que no se olvidaran de llamar a puerto para tranquilizar a mi padre.

Me apresuré a hacerlo. Elegí la litera de arriba, no sólo porque me gustaba más sino porque ella ya había dispuesto su camión en la de abajo. Ya en la cama comprendí que ella también tendría que desnudarse. De golpe se me aceleró el corazón. Iba a verla desnuda. No sé por qué esa idea se me incrustó de esa forma delante de los ojos. Yo ya había visto mujeres desnudas. A mi madre, alguna vez al entrar en su habitación, a las muchachas, que había espiado por la ventana de su cuarto de baño, a una bañista, que vimos en una roca, y en varias revistas que pasaban de mano en mano a escondidas en el colegio, mas nunca había sentido esa tensión.

Isabel tardó en regresar y yo dormía casi, mecido por el barco y por el rumor de los motores, cuando abrió la puerta. Cerré los ojos de inmediato y me hice el dormido. El corazón me volvió a latir con fuerza. Por fortuna ya me había dado la vuelta del lado del camarote, no de la pared, de forma que podría ver bien. Aunque no sabía cómo, no me atrevía a abrir los ojos. Sentí que me miraba un rato que se me antojó larguísimo. Pude oler su perfume suave e incluso creo que llegué a sentir en mi rostro su respiración. Murmuró algo que me pareció «pobre chico», pero no estoy seguro de haberlo oído en realidad. Luego puso con cuidado la barandilla de seguridad de mi litera y comenzó a apagar las luces para dejar sólo la de su cama, muy suave. Entonces comenzó a desnudarse.

Me atreví a abrir una pequeña rendija de mis ojos. Se había sentado primero en su cama para quitarse los zapatos, de forma que no la podía ver. Me inquietó pensar que a lo mejor se desnudaba sentada y yo no la vería. No lo hizo. Se levantó y, de espaldas a mí, corrió la cremallera de su vestido de verano y lo

dejó caer hasta el suelo. Quedó con una corta falda combinación y un sostén. Ambos, blancos, resaltaban sobre la piel, ya suavemente tostada. Creí por un momento que mi corazón se podía escuchar e hice fuerza para calmarlo. Aguanté la respiración. Isabel recogió del suelo su vestido, lo dobló y dejó sobre maleta. Sin volverse, cruzó sus manos en la espalda y desabrochó su sostén. Dejé salir el aire lentamente, no aguantaba más, y con el estómago vacío volví a contener la respiración.

Pero Isabel no se quitó el sostén como yo esperaba. Se volvió hacia su cama, yo cerré los ojos y, cuando volví a abrirlos, vi que deslizaba el camisón por su cabeza, sin terminar de desnudarse. Sólo cuando lo tenía puesto se quitó el sostén, por entre el camisón, y luego hizo otro tanto con la combinación y lo demás. Sólo entonces se dio la vuelta, por un instante la vi de frente. Lo que recuerdo sobre todo es la sombra oscura debajo de su estómago.

Cuando abrí los ojos una luz aún débil comenzaba a pasar por el ojo de buey y no supe muy bien dónde me encontraba. Recordarlo me hizo despertar de golpe. Con cuidado retiré la barandilla de seguridad y prudentemente me incliné por un lado de mi litera. Se me aceleró de nuevo el corazón, aunque suavemente, muy poco. Isabel dormía boca arriba, parecía muy relajada. Las sábanas la cubrían sólo hasta el estómago. La seda de su camisón dejaba transparentar dos manchas negras en sus pechos, una de ellas en el borde mismo de la tela.

Isabel abrió los ojos y no me dejó ninguna oportunidad de retirarme. Se me quedó mirando, sonrió, yo sabía que me había puesto muy rojo. Levantó una mano en dirección a mí, como en vago gesto amistoso, y me preguntó si había dormido bien. Luego me dijo que bajase. Comprendí entonces que si bajaba seería de seguro que mí pantalón estaba muy hinchado, siempre lo está por las mañanas, y sentí un terrible apuro. Ella se levantó y se sentó en su cama, y me volvió a decir que bajase.

Lo hice. Bajé dos escalones y salté al suelo, con la esperanza de que todo fuese tan rápido que no se diese cuenta, y de que con el ejercicio volviese todo a la normalidad. Eso hago en casa cuando me llaman a desayunar: corro antes por la habitación. No pareció darse cuenta. Me señaló un sitio a su lado, para que

me sentara, siempre sin dejar de sonreír. Ahora, al recordar, me parece que la sonrisa era algo preocupada. Si lo era, entonces no me di cuenta.

Isabel me pasó una mano amistosa por los hombros y me atrajo un poco hacia sí. Yo estaba muy nervioso. Sentía un rastro de su perfume de la noche anterior y sobre todo sentía, sin atreverme a mirar, su cuerpo tibio y la presencia de las manchas oscuras bajo el camisón. Me preocupaba sobre todo el pantalón de mi pijama.

Le oí decir –parecía hablar desde lejos– que en los próximos días debía ser valiente y cuidar por mi madre y mis hermanas, ya que yo iba a ser el hombre de la casa. Yo no entendía casi. De pronto sentí un gran pánico y no tuve tiempo de sentirlo: le escuché decir que a mi padre lo habían detenido y de inmediato que no sería nada. Me separé para mirarla de frente y ella volvió a atraerme. Me dijo que habían detenido a mi padre, al bajar del barco, al parecer por haber asistido a una reunión prohibida en París; de momento no se sabía la razón exacta. Me repitió que no me preocupara.

Yo no me preocupaba. Apenas entendía lo que me había dicho. Una vez comprendí que no había muerto, pues eso llegué a pensar un segundo, sentí un gran alivio. Me pareció que mi padre en la cárcel era una gran aventura. Podría fardar en el colegio.

Pero hice como si me preocupara. Al igual que con las tías, dejé que Isabel me mimara. No dejé que me viera los ojos y me apreté a ella. Le pasé un brazo por la nuca y me apreté, procurando que mi pecho quedara sobre el suyo. Luego no supe qué hacer. Ella, abrazándome también, me pasaba la mano por el pelo y me decía que no me preocupara, que no sería nada y cosas por el estilo.

Así estuvimos un tiempo. Yo sentía mi cuerpo con una tensión insoportable. Ya no me preocupaba mi pantalón. Sin haberlo decidido, la empujé hacia atrás y para mi sorpresa ella se dejó ir. Comencé a besarla en las mejillas. Sentí entonces que me separaba un poco, firmemente, y vi sus ojos negros sorprendidos.

Pero callaba. No parecía furiosa. Sólo sorprendida. Yo no podía más. Terminé de inclinarla sobre las sábanas y crucé una pierna sobre la suya. Algo había cambiado en sus caricias, que había reanudado. Ya no me consolaban. Eran muy suaves. La besé en los labios y ella respondió también suavemente. Subí por completo sobre ella y sentí bajo mí la colina que yo sabía estaba allí.

Siempre me había intrigado en los trajes de baño de las señoras. Casi de inmediato sentí eso que a veces me despierta por las noches y me llena de alegría y de apuro al mismo tiempo, aunque nadie alude a ello pese a su rastro en las sábanas, sólo que en esta ocasión muchísimo más fuerte. Un escalofrío que me recorre todo y me obliga a cerrar los ojos aunque no quiera. Ella dejó de acariciarme la nuca un momento, y luego volvió a hacerlo, suavemente, mucho tiempo. De vez en cuando me apretaba un poco contra ella, muda, me daba un beso en la mejilla o en los ojos.

A mi padre lo dejaron libre a los dos días, y creo que ella tuvo que ver algo porque algo oí de eso en casa y porque desde entonces mis padres hablan de ella con mucho cariño. No se quedó en Mallorca, como otros veranos. Regresó a Madrid a la semana. Mi padre llegó a Mallorca nada más quedar libre, alegre como siempre, y durante todo el verano lo ha estado más que nunca. Al asomarse a la escalerilla del avión –por fin no viajó en barco–, me mostró de lejos la jaula con dos periquitos: un macho y una hembra. Se los regalé a mis hermanas, con la condición de que guarden el secreto.

## ALGUIEN CANTA

Abres los ojos. Eso no significa que estés totalmente despierto pues se mantiene la ansiedad que te ha agitado el sueño. Una vez más notas una suave humedad en la pechera. Coges el faldón de tu camisa –terminas de sacarla del pantalón–, y te secas con rabia la barbilla y la boca que, abierta por suaves ronquidos tartamudos, ha dejado escurrir la saliva. El gesto te ha hecho incorporarte un poco en el sillón, has quedado agazapado.

Miras lentamente alrededor. No se puede decir que reconozcas la habitación... después de tantos años. La miras, parece, como para comprobar si algo te ha sucedido mientras dormías. Sabes de antemano que nada ha sucedido. Aún. Entonces escuchas de nuevo el silencio.

Ya lo habías notado, el silencio, aunque no sabes desde cuándo. Se ha ido haciendo poco a poco en los últimos días, a medida que han ido llegando las noticias y mientras el calor ha caído sobre la ciudad, envolviendo y mojándolo todo. Ahora, en mitad de la tarde, es un silencio espeso en el que se puede oír desde otra habitación cómo te rascas la mejilla sin afeitarte. Barba blanca de dos días, que no se ve apenas y suena como lija.

Dejas de rascarte, poco a poco, al igual que un motor que se fuera quedando sin gasolina. Has oído un vago silbido que lentamente va tomando cuerpo en el aire. No te inquieta. En realidad casi lo agradeces. Sabes que es el coche, con su sirena, que vuelve a pasar. El coche se detiene de nuevo en la esquina y deja sonar la sirena un tiempo, como un grito sin eco, sin prisa, que termina por ocupar hasta la última esquina de la habitación. Sólo entonces se calla para que una voz, la voz, vuelva a pedir a quien quede que se marche: aún hay tiempo.

Ya no escuchas apenas. Con el tiempo la voz ha perdido su apremio. Parece haberse acostumbrado a vivir en el borde de la urgencia. Ha quedado en el tono profesional que llama en los hospitales a los médicos. Este es el último mensaje, advierte.

La Sirena se apaga poco a poco, mientras se aleja, y comienzas a sentir ya cierta nostalgia. Te habías acostumbrado a esa voz que ha estado rompiendo el silencio cada dos o tres horas para llamarte. Te alegras por él: no crees que se salve pero estará menos solo. Si alcanza a los demás.

Pasa un tiempo. Permaneces casi agachado en tu sillón. La penumbra del cuarto cambia. El silencio se hace tan espeso que comienza a escucharse en el dormitorio un despertador electrónico. Tan espeso que, cuando aparece la música, a lo lejos, débil, crees que no es cierta, que la imaginas. La música hace que cambies, que cambie tu mirada. Brilla, parece la de un perro.

Se te ve en los ojos que escuchas. Sin moverte, sin parpadear, casi sin respirar, vas reconociendo en la delgadez de lo que oyes un piano, quizá violines, una orquesta. Poco a poco reconstruyes algo que conoces o crees reconocer. Vinkírovitz. Lo sigues, agarrado al silencio lo vas siguiendo, completando las pausas cuando el piano desaparece, distinguiéndolas de los silencios, abundantes, que componen su música. Has comenzado a hacerlo casi por inercia, pero la música se te va metiendo bajo la piel y ya no te deja en paz. Te inquietas cuando dejas de escucharla, y ya no te deja en paz. Te inquietas cuando dejas de escucharla, agradeces su regreso. Durante un tiempo os coordináis perfectamente. El piano entra cuando debe y tú sigues cuando el silencio te lo permite. La música queda en el aire, al final, y a ti, agradecido, no te importa la humedad en tu mejilla de lija.

Has de saber de dónde venía esa música, decides de pronto, y un instante antes de incorporarte alcanzas a oír de nuevo el piano, nuevos compases. Te levantas. No es curiosidad, es que no tienes nada mejor que hacer.

Te diriges a la ventana, que abres. De inmediato sientes el sol pero a la vez agradeces el calor. Se te ocurre que no sales de casa desde hace días, cuando dieron la alarma. Escuchas. La música se puede oír mejor con la ventana abierta, de modo que afinas el oído y también los ojos para ver de qué ventana sale el piano.

La tuya se abre sobre un patio de vecindad que centra toda una manzana, por lo que las ventanas son muchas y, algunas, bastante alejadas. Las recorres una por una, sin prisa, no tienes prisa, la pieza de piano termina y le sigue otra, poco después. Ese sería el único peligro, piensas: que la música dejara de sonar. Una ventana suelta se golpea con fuerza y pegas un respingo. Miras hacia la ventana: sólo una corriente ha podido hacer que se golpeará. Deduces que de ahí sale la música. Te inclinas por la ventana y gritas, no muy fuerte.

«¡Eh!»

No hay respuesta. La música continúa. Vuelves a gritar.

«¡¡Eh!!»

Hubo un tiempo en que tenías una voz grave. Ahora has tenido que forzarla. Aun así, nadie se ha asomado. Calculas entonces a qué edificio, a qué portal de la calle perpendicular a la tuya pertenece la ventana.

Sales.

Has comprobado, como siempre, que no te dejas las llaves dentro, rutina de hombre que vive solo, y has sonreído tan vagamente que la sonrisa sólo se te ha visto en los ojos. Tendría gracia, quedarse afuera, ahora. Seguir a los demás simplemente porque te dejaste las llaves en otro pantalón.

Aunque es un quinto piso y aunque cojeas levemente, prefieres bajar por las escaleras. Ni siquiera compruebas si funciona el ascensor. También tendría gracia quedar atrapado en el ascensor.

No puedes escuchar la música desde las escaleras. Aunque a veces te detienes e intentas oír, no se oye nada. Te encuentras en el descansillo del segundo piso, a la escucha, y pegas otro respingo al notar que una de las dos puertas se mueve. Apenas nada, apenas un par de centímetros, para volver a quedar entornada, pero se mueve. Olvidas la música y te acercas a la puerta. Entras. El piso parece aún ocupado pero una maleta con el cierre roto y su contenido esparcido revela que sus propietarios la han abandonado a su suerte. Te asomas a la cocina, lo más cercano a la puerta. Platos sucios se amontonan en el fregadero y un fuerte olor ácido sale del cubo de la basura. Sales de nuevo.

En la calle el sol cae desde arriba y los árboles apenas crean sombra. Es la primera vez que ves la calle sin coches. Sólo uno, en mitad de la calle, con el capó levantado y una puerta abierta. Es un modelo casi nuevo, de un azul oscuro desteñido y agrisado por el polvo.

A la vuelta de la esquina, el portal de donde debería salir la música se encuentra cerrado. No habías pensado en esa posibilidad. Manipulas el pomo de la puerta de cristal pero es inútil: se encuentra cerrado. Decides entonces llamar por el interfono. Lo intentas en varios pisos, uno tras otro, cada vez más rápido, y al final aprietas todos los botones, con las dos manos. Sabes que nadie contestará. Lo sabes. Dejas los botones, caminas tres pasos, coges un cubo de basura y sin mirar, sin calcular reúnes fuerzas y lo arrojas contra la puerta. Se estremece pero no ocurre nada. Es sólida, de cristal grueso. Coges el cubo por un asa, lo arrastras dos metros tras de ti, vuelves a cogerlo con las manos, te

inclinan sobre él y, recogiendo de nuevo tus fuerzas, lo vuelves a arrojar contra la puerta. No rompes el cristal pero esta vez logras forzar la cerradura y a la vez haces saltar la alarma: un alarido que inunda la portería, la calle, los árboles, el calor, un solo grito sin descanso que lo ocupa todo.

El esfuerzo te ha dejado exhausto. Por el ceño, nuevo, se ve que la sirena te molesta, te irrita, pero no puedes hacer nada hasta respirar un poco. No te concedes mucho tiempo. Entrás en la casa y buscas el cable de la alarma. Lo localizas. Te subes a una mesa y, sin medir el riesgo, simplemente lo arrancas. Crees al principio que no era éste, el cable, porque el grito te sigue en los oídos. Hasta que va disminuyendo y termina por desaparecer. Para entonces respiras casi normalmente, ya no sudas tanto, y la música ha vuelto. Es una pieza distinta de la que dejaste en casa. Alguien canta.

Subes por las escaleras. En el descansillo del tercer piso la música se oye como si estuviera en la misma habitación, pero no es ahí, es en el cuarto. La puerta está cerrada. Llamas al timbre. Una vez, con discreción. Escuchas nítidamente una pequeña campanilla. Luego vuelves a llamar, dos veces, y percibes por encima de la música ruido, pasos. La puerta se abre de par en par y aparece un hombre joven, descalzo, que lleva puesto un pantalón y se seca con una mano una mejilla. Tiene el pelo mojado y en desorden. Sonríe al verte.

«Buenos días», dice. Y queda a la espera.

«Buenos días», dices, aunque ya son tardes. «Soy su vecino», añades, sin saber qué decir.

«Ah», dice el joven. Y seguidamente se aparta y te invita a que pases. Pasas.

El joven se excusa: «Me estaba duchando», dice, «¡hace tanto calor!», y te vuelve a pedir que pases y te instales mientras él se seca y termina de vestirse.

Entrás en el salón del que parte la música. No sólo allí se escucha la música, también en otras habitaciones. La música lo ocupa todo, observas. Es un piso limpio, con pocos muebles, elegidos.

El joven regresa. Se ha peinado y se abotona una camisa. Sigue descalzo.

«Quizá le ha molestado la música», dice, se dirige al aparato y baja un poco el volumen. No mucho.»

«No», dices: «me ha intrigado».



«Ya veo». Sonríe. «¿Le puedo ofrecer algo? No tengo gran cosa, acabo de regresar...»

«No queda gran cosa en ninguna parte», dices. «Se lo han llevado todo y no hay tiendas abiertas».

«Así es», dice él. «Le puedo ofrecer agua fresca...»

No respondes a la invitación.

«¿Dice usted que ha regresado?»

«Sí». La música ha acabado y está eligiendo otro disco.

«¿Desea algo especial?» Coloca un nuevo disco y se da la vuelta. «Sí. Regresé anoche. Supongo que correr es inútil...»

«Lo mismo creo yo.»

El joven se sienta frente a ti y durante un par de minutos, ambos escucháis la música. Una balada antigua, sin apenas instrumentos.

«Además,» dice, «no aguanto las masas, el pánico, el ruido...»

## PROCESO DE PAZ

De pronto, una tarde monótona, Paz Fernández-Asturias dio una perezosa vuelta a una página de su agenda de cuero italiano –buscaba a una posible cuarta para el bridge del sábado–, y se encontró con un nombre que no conocía. Reparó en él porque se estaba obligando a leer línea tras línea, aunque según toda lógica se encontraba ahí desde hacía cierto tiempo pues estaba escrito, en mitad de la lista, entre Pilar Martínez de Soto y Camila Montaña.

Era su letra, sin duda, la que lo había apuntado y, junto a él, dos teléfonos, uno de ellos particular y otro de un trabajo, una oficina. Lo sabía porque iba precedido de una *W* que indicaba los teléfonos de trabajo en su agenda. Muy pocos, realmente, y eso añadía intriga.

Al principio miró el nombre con la misma curiosidad no demasiado dispuesta al trabajo con que echaba un vistazo, por la mañana, al problema de bridge en el periódico. Luego comenzó a comprender que el hecho de que ese teléfono se encontrase en su agenda personal era ya un compromiso. Enrojeció violentamente, se incorporó del sofá en el que estaba recostada y, aunque no había nadie más en el saloncito inglés del café, se arregló la falda sobre las rodillas.

En su agenda de cuero italiano, Paz apuntaba sólo los teléfonos de su actividad social: una lista bastante larga de señoras entre las que figuraban las más selectas (aunque no forzosamente las mejores) jugadoras de bridge y de golf, casi todas las Damas Negras, los números de varias embajadas –las sedes, pues eso le evitaba recordar cuán efímeras son las amistades con los diplomáticos–, unas cuantas íntimas amigas, inscritas por su nombre, no por su apellido, algunas más por su título, como Carolina Montaña, duquesa de la Montaña de la Victoria, y los tres o cuatro matrimonios estratégicamente importantes en la carrera de su marido. Quico Granada había perdido años preciosos en la cría de ganado bravo en las tierras de su nombre e intentaba recuperar el tiempo perdido en el Banco de los Cinco Puntos Cardinales.

Paz pensó en llamar a sus amigas. A Tina, Bubú, Lucía o Maribel. Cualquiera, pues los secretos apenas existían entre ellas, y existirían mucho menos cuando se generalizara el teléfono para hablar desde más de dos puntos. Levantó el

aparato para llamar a Bubú (su número era el más fácil de recordar), pero colgó antes de que contestaran. De no ser tan grande la casa de Bubú, quizá de otra forma se habría contado la historia: mientras esperaba, Paz había recordado el nombre en su agenda, lo que tuvo el efecto inmediato de un desasosiego interno, una angustia, una como vergüenza, y nunca mejor dicho, por algo inconfesable.

Se indignó consigo misma. Cómo podía reprocharse lo que ni sabía qué era. Paz se levantó de su sofá verde estampado, entró rápidamente en el salón grande y se dirigió al gran espejo veneciano que, a distancia, reflejaba cuatro pequeñas tauromaquias de Goya. Encendió el gran candelabro de pie, de bronce y cristal, y se miró. En efecto, no tenía nada que reprocharse: su falda blanca plisada le daba ese aire juvenil y a la vez respetable que se obtiene con muchas horas de ballet e institutrices, su pecho apenas se insinuaba bajo la blusa y en sus labios aún se dibujaba un mohín de inocencia, imposible tras ninguna historia terrible, imposible tras ninguna historia.

Iluminada en un gran espejo veneciano por un alto candelabro de bronce y con cuatro Goyas detrás de su cabeza, Paz sintió entonces el vértigo del orgullo que al fin de cuentas había hecho famosa a su familia en un país de soberbia, y decidió llamar a ese hombre que se atrevía a aparecer en su agenda íntima, oculta su figura tras la obscena evidencia de dos teléfonos.

Llamó. Sin ni siquiera formular la decisión, estaba claro que colgaría tan pronto escuchara su voz. La simple idea de hablar con él y preguntarle quién era ni le cruzaba la parte más loca de su imaginación. Alguien respondió, una mujer, y como nadie obedeciese a sus requerimientos urgentes –«¿diga?, ¿diga?»–, colgó. Había parecido apresurada. Al fondo se oían voces, trajín.

Paz comprobó en su agenda que había llamado al teléfono del trabajo, como intuyendo que no sería él quien contestase, como esperándolo. Quedaba el número de la casa. A esa hora de media tarde no era fácil que estuviese. Precisamente por eso marcó el número. El teléfono sonó tres veces y a la cuarta alguien contestó. Un hombre. Estuvo a punto de colgar. No lo hizo pues alcanzó a percibir un tono metálico en la voz y esa neutralidad de dependiente de los contestadores automáticos.

Naturalmente volvió a llamar, y una vez más, y otra. Hasta cinco veces – terminaba de escuchar el mensaje, dejaba transcurrir unos segundos para que él

supiese que el silencio le había llamado-, y si no lo hizo más veces fue por su naturaleza amansada por una educación que remontaba más atrás, mucho más atrás de su propio nacimiento. Llamaba para escuchar su voz, en parte para saber si lograba reconocerle en ella, o al menos que le diera un indicio. Desde la tercera, cuando habría jurado ya no haber oído nunca esa voz, se fue imponiendo la evidencia de que llamaba porque le gustaba. Le gustaba esa voz. Grave y a la vez cálida, más fácil de imaginar acariciando que dando órdenes.

Ese pensamiento la sobresaltó y por eso no volvió a llamar. Sólo entonces percibió que se había medio tendido en el sofá. Se volvió a sentar recta y, por segunda vez, se ruborizó como si se hubiese sorprendido a sí misma en una falta. Ya no se volvió a indignar por esa vergüenza oculta. El resto de la tarde y durante la noche, el nombre de su agenda se mantuvo en el fondo de su cabeza coma el decorado de un teatro. Lo traía a primer plano con cierta regularidad, y pronto descubrió que ese acto no sólo la hacía sentir culpable. También reconfortaba. Esa noche, con la ansiedad de la hora tardía y el desequilibrio que produce el insomnio, comprendió que la idea del hombre la angustiaba pero su sonido en el teléfono la arrullaba como una canción infantil. Fuese lo que fuese, pensó, no puede ser un hombre malo. No con esa voz.

Esa tarde, antes del insomnio, sus amigas la notaron más bien silenciosa, abstraída, con esa mirada interior del que recuerda o imagina y que tanto molesta al que se siente postergado por ello, sobre todo si se cree con derechos a compartirlo. Pero Maribel, Tina, Bubú y Lucía eran demasiado finas para preguntar nada, entendiendo por finas, experimentadas y astutas. Ella misma no hubiese hecho otra cosa. Con paciencia de aves, esperaron a que algo asomase; hubiese bastado el más leve indicio.

Hubo varios, si bien de un tipo distinto a lo que esperaban. A Paz le pareció detestable la excelente película de amores y desamores que le habría gustado dos días atrás, no probó más que una taza de té, en casa de Maribel, a la salida del cine, aunque su cocinera era de las mejores pasteleras de Madrid, y no pareció apenas interesada en la crónica del primer viaje de Bubú con hombre, tras su divorcio, pese a que ese divorcio había sido un casi único tema de conversación durante meses. A todas ellas les pareció asombrosa esa falta de curiosidad y Bubú se sintió algo ofendida. «Paz es tonta», pensó en uno de sus expeditivos juicios. «Paz se ha puesto mala», pensó Maribel, aunque no quedó satisfecha pues sabía que Paz se ponía mala de una forma más dolorosa y

también más comprensible. Fue Lucía la que esperó a estar en el coche con Paz –le había pedido que la llevara, pese a vivir muy cerca–, para preguntarle si tenía problemas. No habría empleado otro tono con su hija de doce años, que comenzaba a tenerlos.

Qué quería decir, preguntó Paz con rapidez. «Problemas», explicó Lucía, y en un amplio y vago gesto de la mano dio a entender que tal amenaza comprendía desde el peligro amarillo y la desertización en Somalia al súbito descubrimiento, el domingo al levantarse, de que no hay leche en la nevera.

«No... no hay problemas», dijo Paz con una voz ligeramente estrangulada, y Lucía no sólo comprendió que sí los había sino que intuyó de qué tipo. Era un problema de hombres, de qué iba a ser.

Probablemente en otro tiempo Lucía no se hubiese encontrado allí. Muchos años atrás habría recibido los miércoles y domingos, y en su salón se habrían iniciado los cambios en el gabinete, desarrollado las más brillantes peleas literarias y concluido al fin promesas de amor largo tiempo preparadas. Y unos pocos adelante, Lucía hubiese sido médico, abogado o asesora fiscal. Hija de un monárquico juanista lo suficientemente hábil para hacer una carrera discreta durante el franquismo –esto es, la que lleva a los destinos exóticos: Montevideo, Bogotá, Delhi, Tres de Marzo, Budapest, Dublín–, Lucía había nacido en el momento de no tener ya un salón. Sin embargo, distraídos por las fatigantes intrigas de la burocracia diplomática, y borrosa la mirada por el fulgor de hojalata de los cócteles donde los embajadores distraen el tedio, sus padres creyeron que todavía era el tiempo de los apellidos y que la Corte de los salones llegaría con la monarquía de Juan Carlos, sucesor al que terminaron resignándose.

Mas no hubo más salones y Lucía, capaz de improvisar una cena para quince en media hora, políglota en seis idiomas y notable jugadora de bridge y golf, se encontró casada con el característico ingeniero repeinado que acude a Puerta de Hierro con el uniforme del pantalón burdeos y la camisa a rayas, y madre de una niña nacida a tiempo de impedir que intentase enderezar tanto desastre.

Porque Lucía era de los que creen que un solo niño hace imposible cualquier divorcio. Todo ello no le impedía –por el contrario, lo facilitaba–, encontrarse en un ático de Argüelles con un primo pintor igualmente sojuzgado por su mismo

desfase de época y, en su caso, por una cobardía que le impedía enfrentarse a la más pequeña decisión.

Juntas, era difícil distinguir grandes diferencias entre Lucía y sus amigas. Mujeres en la treintena e incluso cuarentena, notablemente jóvenes gracias al tenis, el golf y el gimnasio, con esa naturalidad en el gesto que sólo produce una seguridad material tan antigua que ni se discute, y una elegancia, una capacidad de matiz en el vestido, el comentario, la risa, que sólo se obtiene tras muchos ensayos y un par de generaciones. Todo eso lo compartían las cuatro, Lucía era además inteligente y por ello la única que hubiese podido formular en qué consistía la cárcel, pese al brillo de su vida, y en qué su condena, pese al lujo y la fiesta permanente. Preguntó a Paz si tenía problemas porque su aire embebido, en cierto modo sufriente pese a ese mundo de celofán y cristal, le había inducido a creer que a lo mejor Paz también había comenzado a pensar.

«No... no hay problemas», dijo Paz con una voz que no era apenas suya, y Lucía, algo desencantada, pensó que era un problema de hombres.

Cómo no lo iba a ser, pensó mientras la miraba, sin insistir, justo antes de bajar del coche. Paz tenía una belleza clásica y a la vez de vanguardia, como una virgen de Caravaggio que hubiese sido campeona sobre barras paralelas. Esa tarde de comienzos de verano vestía un conjunto caqui que subrayaba su piel ya tostada. El arco abierto por la mano colocada con soltura sobre el volante enmarcaba un pecho pequeño y firme, seguramente suave. Su falda subía más de un palmo desde la rodilla y aun así lograba mantener el recato: faltaba mucho. De pronto, como si fuese novedad, Lucía experimentó un gran placer al verla, el placer ante un buen cuadro, un concierto, un arroyo, y como con éstos, desprovisto de rivalidad. Sabía entre otras cosas que su propia estampa no era muy distinta.

¿Cómo explicar de qué forma cambió Paz y hasta qué punto llegó eso a perturbar su entorno? Esa noche, Quico, su marido, recibió una negativa en la que por primera vez intuyó la indiferencia y hasta el desprecio, lo que le reafirmó en su deseo. No estaban acostumbrados a ese tipo de negativas, los Granada. Tuvieron una escena y, como en otras ocasiones, venció él, sólo que en ésta percibió unas lágrimas sobre el campo en el que había librado, él solo, su batalla. Antes de quedarse dormido pensó que eran cosas de mujeres.

Quizá. En tal caso, eran mucho más complejas que nunca. Salvo en algún remoto amor de los catorce años, nunca se había levantado Paz insomne a ver el alba en el jardín –aún el jardinero no había retirado de la piscina las hojas de la noche, al regresar a su habitación llevaba el camisón blanco ligeramente húmedo de rocío–, y hacía por descontado mucho tiempo desde que intentara al piano por última vez a Brahms, Liszt, Chopin y Schumann.

Durante dos días y buena parte de sus correspondientes noches se mantuvo enganchada a la electricidad del piano. Al comienzo tocó insegura, luego con una inspiración que su vieja profesora, una polaca en el exilio, nunca le había visto. Por oscuros e impredecibles caminos, cambiaba del tormento a la melancolía, del entusiasmo a la transparencia del otoño. Su marido llegó a temer que su urgencia hubiese dado la puntilla para trastornarla y, asustado, le regaló un diamante grande como una mosca. Ella sonrió vagamente y miró la piedra como si pudiese ver a su través.

No se sabe todo lo que pasó por Paz durante esos días de ansiedad, y no sólo ni principalmente por su cabeza, y su propio relato resultaría insuficiente y confuso. Sea como fuere las consecuencias fueron definitivas, graves según algunos, esperanzadas para otros.

¿Fue sólo el nombre de la lista de teléfonos? En cualquier caso lo fue al principio. Agarrotada por la necesidad de saber cómo había ido a parar ese nombre simple y sin esquinas a su agenda, Paz no alcanzó a percibir, o no supo evitarlo, que esa necesidad de saber iba soltando numerosas amarras dentro de su cuerpo, de tal manera que al cabo de tan sólo uno o dos días, en pleno Brahms, en pleno Schumann, en pleno Liszt, derivaba sin rumbo y con todas las velas desplegadas. Nada fue lo mismo a partir de entonces, y hubiese sido mucho peor, o mejor, de no ser porque el azar, el destino, la providencia le puso entre las manos un periódico que comenzó a leer por pura ansiedad de salirse de sí misma y en una página irrelevante encontró una forma de escribir, un soniquete, que era el que había estado acosando durante varios días su cabeza frágil.

No reconoció el nombre del teléfono. Eso no. Pero comprendió que tenía el mismo eco que la voz del teléfono y el mismo gusto romántico y desfasado del que había elegido a Brahms, Liszt, Chopin y Schumann para que ella los

interpretara durante los pocos días de verano en que su existencia había de estar unida sin que nadie pudiese ya evitarlo.

Quién sabe por qué desarrollo de qué maquinaria su nombre y teléfonos habían ido a parar a su agenda. Esas cosas ocurren. En cualquier caso resultaba altamente improbable que Paz pudiese jamás hablarle por teléfono, o visitarle, o tan siquiera intentar averiguar algo de él. Con el alivio que llega tras el silencio, y también una cierta melancolía que le duró mientras pudo distinguir la realidad, sabía que ni debía intentarlo.



## YO SOY EL DESTINO

Los puse juntos porque se lo merecían: eran los únicos humanos en ese batallón de cansados robots que toman el último avión de Londres a Madrid. El mismo batallón que el de Madrid a Londres. El mismo que el de cualquier último avión.

El llegó primero, con tiempo, y no exigió nada: ni ventanilla, ni zona de no fumadores, ni de fumadores, ni salida de emergencia para tener más espacio... nada. Los robots siempre andan pidiendo cosas, como si un avión fuese un hotel. Y no es que no supiese viajar: eso se nota de inmediato. Mostró su billete por la página correcta –vi que terminaba una enigmática gira Madrid, Fráncfort, Berlín, Copenhague, Edimburgo, Dublín, Londres, todo con billetes abiertos y en tarifas MYA– y me miró como si yo fuese una persona y no un bombón envuelto en seda. Me pareció tímido, con ese extraño atractivo que tienen los tímidos, y esos ojos un tanto ensimismados que tienen los que viajan solos mucho tiempo. Le di un 24 A, la ventanilla que a mí más me gusta en un DC-10: está en una salida de emergencia, por lo que se pueden estirar las piernas más que en Business Class, y aunque todavía es zona de no fumadores, se encuentra suficientemente retirada del tropel de fanáticos que día a día engordan el ejército de no fumadores. Esos sí que exigen y protestan. No dicen nada sin embargo del aire enlatado de los aviones, o del café.

Luego llegó ella. Intentaba parecer robot y no podía, aún no podía, estaba claro que no llevaba suficiente tiempo en el gremio. Hacía esfuerzos por esconderse detrás de un maletín con cerraduras de clave, gafas de aro grande y visible, traje sastre severo color crema. Al tiempo su mirada era la de alguien con los pies cansados y harto de que le hablen de cifras y balances. De que te hablen de cifras y balances y en realidad están pensando en cómo hacerse un fin de semana contigo. Los conozco.

De modo que decidí darle el 24 B. Quise ahorrarle una conversación de balances y –haciendo fuerza mental para que no pidiese nada específico: «no pidas nada, no pidas nada», no pidió–, le entregué la tarjeta de embarque con mi mejor sonrisa, aquella que ni siquiera muestra los dientes y más bien asoma a los ojos.

Tres cuartos de hora después los busqué en el Eurolounge. En ese salón de ejecutivos con las mismas carteras de cuero ella y las mismas chaquetas oscuras de él, destacaban como un par de ovejas entre un rebaño de toros bravos. O más bien, como dos toros bravos en un rebaño de ovejas. Ella se había sentado de espaldas al salón miraba por el gran ventanal la oscuridad de las pistas y el espacioso paso de los aviones cuando aterrizan, relajados. Dos o tres del rebaño, sentados en torno, la miraban con los ojos de siempre y, como siempre, fingían indiferencia. Sé lo que les mantenía en torno a ella, mirando de reojo, porque es lo mismo que les engancha de nosotras: olían a la mujer bajo el uniforme.

Sí, en la diagonal del gran salón, escribía con cuidado y rapidez en lo que parecía una pequeña libreta negra. Era lo que les unía a distancia en el rebaño: ambos se abstraían mientras en su entorno los hombres uniformados arrastraban su cansancio y los más fuertes se miraban con rencor. Me pregunté qué es lo que escribía.

Yo hago desde hace ya algún tiempo vuelos transoceánicos –Buenos Aires, Delhi, Los Ángeles, Bogotá – y tengo así una mentalidad larga, que no se fija en los detalles. Sólo al subir y ver el *catering* caí en la cuenta de que no iba a ser tan fácil con sólo dos horas para llegar a Madrid. En un vuelo a Delhi, o incluso a Bogotá, habría bastado que estuviesen sentados juntos: son muy raros los pasajeros que no cruzan palabra en vuelos tan largos e incluso alguna vez me ha sorprendido la intimidad a la que se puede llegar. En un vuelo casero disponían de poco tiempo y sin embargo no les veía muy dispuestos a abrirse, ella mirando aviones, él tomando notas. Probablemente seguían dependiendo de mí.

Lo intenté con los periódicos. Me las arreglé para llegar hasta ellos con sólo un ejemplar de los dos que les podían interesar. Es una de las dos previsiones en las que no fallo nunca, la otra es la de saber quién se va a levantar para hablarme, y de éstos, quien se atreverá a pedirme el teléfono.

Fallé. Ella ni miró el periódico y él cogió uno de los dos, aunque con desgana, casi como una amabilidad hacia mí. Tendría que intervenir. Elegí, como al azar, media docena de filas y fui preguntando qué tal marchaba todo, como los *mâîtres* de los buenos restaurantes, o mejor, de los malos con pretensiones. Quería meterlos a ambos en una conversación, aunque fuese sobre la duración

del viaje. Los viajeros veteranos me miraban con cierta extrañeza y no me hacían mucho caso, y los novatos respondían con ilusión, aún no veían la retórica de mi pregunta y mi sonrisa. Ellos apenas me hicieron caso.

De modo que recurrí a los grandes remedios. Era ya un empeño personal, no podía creer que no fuese capaz.

Al servirles la comida me las arreglé para tirar entre ambos un vaso de vino tinto que le manchó a él el pantalón y a ella algo la falda. Algo muy grueso, ya que es muy difícil quitar esa mancha, pero precisamente por eso conectaron al fin. Donde falla la diplomacia triunfa la dinamita, donde fracasa la medicina lo consigue el cirujano.

Le elegí a él para experimentar con la mancha porque se sentaba junto a la ventanilla y eso me permitía inclinarme sobre ella y con el movimiento incorporarla a la intimidad que el vino había creado de pronto entre nosotros. Al pasar por encima de ella y olerla comprendí que no me había equivocado, algo muy joven se escondía bajo ese traje de soldado.

Él estaba tan furioso –sólo se le notaba en los ojos – como puede llegar a estarlo un tímido. Yo me las había arreglado para tirar el vaso en medio de ambos. La mancha de él cubría más o menos un bolsillo, una zona incómoda y fronteriza. Enrojeció violentamente desde que intenté por primera vez quitarle la mancha. Ella permanecía quieta y también tensa.

Empleamos varios remedios y no sirvió ninguno. Ni el quitamanchas oficial del avión, ni polvos de talco, ni sal. Yo esperaba, en cada viaje a la zona de las provisiones, que a mi regreso los encontraría charlando, o al menos insultándome y comentando el mal servicio de los aviones, pero no. Permanecían quietos, mirando al frente, sumamente incómodos a causa de esa imprevista intimidad creada por la catástrofe.

Cuando finalmente fracasó la sal y aquello comenzaba a tener el aspecto de infectarse en cualquier momento, una viejecilla que se encontraba en diagonal cruzando el pasillo decidió intervenir. Ella conocía un remedio, dijo, aunque para aplicarlo él tendría que quitarse el pantalón.

Al fin ella rió. Yo también. Ella por la expresión que puso él, yo, al instante siguiente, al saber que había ganado.

Ahora, a distancia, me doy cuenta de que el factor decisivo fue la viejecita. ¿Fue ella el destino y no yo, que los senté juntos y les tiré el vino encima? Nunca lo sabré.

He querido guardar la historia por escrito pues las historias van cambiando con el tiempo, se esconden en las arrugas de la memoria y pronto no sabría cómo comenzó ésta o me inventaría algún comienzo más romántico.

Además no es fácil recordar, para mí, que estoy todo el tiempo de un lado a otro. La realidad no es la misma, en Tres de Marzo, donde la torre de control nos impide salir desde hace tres horas por algún misterioso motivo. También nos impiden bajar del avión. Cada cinco minutos la torre anuncia al capitán que nos dejarán salir en los cinco siguientes. Pero no lo hacen. Y así estamos, sin poder hacer nada, ni siquiera servir un café a los pasajeros. Siempre me ha asombrado la paciencia de los pasajeros, sobre todo dentro de los aviones. Supongo que es porque los aviones son como templos, templos góticos que se elevan en el cielo. Pronto amanecerá.

Sí, la realidad cambia. Yo estoy acostumbrada a la rutina de darle vueltas al mundo pues al fin de cuentas todos los aeropuertos tienen, desde Fiumicino a Maiquetía, el mismo olor a sillones de skai y tedio de espera, y los hoteles son tan iguales que últimamente escribo un cartelito en la mesilla para convencerme al despertar de que en realidad estoy de viaje. Así, a menudo compruebo que la vida es mucho más violenta e imprevista detrás de mí...

Ese fue mi último viaje europeo durante meses. A la mañana siguiente me asignaron a la línea de Buenos Aires, que de cuando en cuando, por imprevistos, se desvía a Nueva York. En esos días, sobre todo en esos instantes en que al fin duermen los pasajeros y el avión va tirando esforzadamente del alba, a veces pensaba en qué habría ocurrido, si habrían compartido el mismo taxi o si habrían intercambiado teléfonos.

Tuve una respuesta, al menos parcial, al hojear una revista atrasada en el vestíbulo de nuestro hotel en Buenos Aires, mientras esperaba a Paloma. Una de esas revistas que insultan la inteligencia y tienen tanto éxito. Ahí estaban los dos, en la esquina de una foto en la esquina de una fiesta. Así me enteré de sus nombres. Así supe que habían mantenido el contacto creado por el vino, al menos hasta la fecha de la fiesta en uno de esos lugares de moda, Mónaco, Andraixt, Capri, no recuerdo cuál; todos se parecen. Me extrañó verles allí pero

bastaba observar la foto más de un instante para comprender que no estaban allí sino que pasaban y el fotógrafo les había sorprendido. Algunos dirían que eso no se puede ver en la foto de una revista, pero yo lo vi: un aura que los unía y al tiempo los separaba de los demás. El aura que une las parejas al principio, cuando crean su propio mundo como se construye una casa.

El aura y la foto suponían un triunfo. Podía recortarla y unirla a los demás recuerdos de mi talento para hacer, y también para deshacer, o incluso ponerle un marco como uno de los mejores. En lugar de todo ello me envolvió una vaga melancolía y cuando llegó Paloma no me sentí con fuerzas para acompañarla de compras por el sudoroso enero de Buenos Aires.

Ya no los volví a perder. Pese a las ironías de mis compañeras, que me habían oído varias veces mis opiniones sobre las revistas de chismes, pura pornografía al fin de cuentas, y más hipócrita que las otras, comencé a recoger las que se dejaban los pasajeros y, jamás lo hubiese creído, a comprarlas. Ellos aparecían de vez en cuando. Nunca como protagonistas, pues eso hubiese exigido su complicidad, pero sí en fotos robadas por los *paparazzi* con teleobjetivos, o si no con motivo de fiestas a las que acudían porque no les quedaba más remedio. Eso se nota.

Yo creo que los habría olvidado, una vez comprobado que seguían juntos y felices, de no ser porque ya en la segunda o tercera fotografía me pareció ver que el aura aquella de la pareja iba cambiando muy ligeramente. Quizá es que ellos también iban cambiando. Seguían teniendo ese aire distinto pero cada vez menos esa timidez, ese aislamiento que me había costado tanto superar. De alguna forma, descubrí con horror una tarde en Nairobi, era como si de alguna extraña y venenosa manera la personalidad de plástico brillante de los personajes que aparecían en esas revistas se les fuera contagiando.

Me encontraba en la piscina del Hilton Kenia y de vez en cuando tenía que espantar, como siempre, a alguno de esos ejecutivos que hacen safaris para poderlo contar. Me estremecí al pensar que cualquier día abriría una revista para descubrirlos a los dos disfrazados de cazadores y decidí que debía cortar, olvidarlos en el destino que yo había provocado, dejarlos ser libres.

Nada es tan fácil. El viernes levanté los ojos de mi pantalla en el aeropuerto Kennedy, en Nueva York, y me lo encontré a él, lozano pese a que afuera la nieve se convertía en hielo traidor tan pronto llegaba al suelo, oloroso a colonia,

seguro de sí mismo. No me dio ninguna oportunidad de elegirle nada. Preguntó en qué tipo de avión volábamos y en función de ello pidió fila y asiento, preguntó hora de embarque y puerta de salida y, más para poderme sonreír, creo, preguntó si el avión iba muy lleno.

Yo creía que no me había reconocido. En la sala de embarque noté que me observaba y que no hacía nada por evitarlo. Ya entonces comencé a temer. No era la mirada de alguien que me había reconocido como la azafata que derramó vino en su pantalón para cambiar su vida, sino la mirada del ejecutivo que quiere hacerse el interesante antes de levantarse a charlar conmigo y luego pedirme el teléfono. Siempre lo mismo.

Fui lo más fría posible. Rebajé a cero la amabilidad que es obligada en mi oficio y fui incluso impertinente. Queriendo evitar lo que ya veía venir como se ve una tormenta, cambié con Paloma y me fui a segunda clase. Aunque está prohibido, a veces lo hacemos.

No pude evitarlo. Ya habíamos retirado las bandejas de la cena, ya los pasajeros intentaban distraerse con una de esas detestables películas que pasamos a bordo, cuando le vi levantarse y venir hacia mí. Mientras veía su silueta avanzar por el pasillo, intenté imaginar si siempre es así, si el destino está siempre escrito hacia el mismo lado.

Ahora amanece en Santiago, como en Londres, hace un par de días, cuando le vi por última vez. Dormía. Siempre duermen.

## ACCIDENTE LA VÍSPERA

Daniel Arana murió a los 29 años, la primera noche de lluvia del otoño, al ser arrollado por un coche mientras cambiaba una rueda del suyo. El coche que le atropelló iba conducido por Beatriz Vinkírovitz, la hija del músico, que se dirigía a su casa tras un concierto y una cena, después de haber depositado a un amigo en un semáforo. Había bebido, aunque no lo suficiente para que la condenaran en el juicio rutinario que siguió. De todas formas lo que siguió no importa.

No le vio, dijo Beatriz en el juicio, o mejor dicho vio un instante la mirada sorprendida antes de sentir el golpe, notar cómo pasaba por encima de su cuerpo y tener la urgente esperanza, antes incluso de detenerse unos metros más allá, de creer que esos ojos seguían abiertos. Seguían. Inmóviles bajo la lluvia que le cubría de lágrimas la cara.

Deslumbrante al rebotar en ella las luces de los coches, la tormenta que la cegó era un último episodio de un verano que terminaba de marcharse. Ella –eso no lo dijo– conducía con la mirada fija del que piensa intensamente en otra cosa.

Después, en las Intensas horas de la sorpresa, los amigos de Daniel le imaginaron tranquilo como siempre al notar que había pinchado, con todo y la lluvia. Era un hombre pacífico, Daniel, que se dormía antes de que su cabeza tocara la almohada. Nada menos cierto que la suposición de los amigos: precisamente esa noche Daniel no podía permitirse el lujo de pinchar una rueda. Se enfureció de tal manera al bajar y ver la rueda plana que ni siquiera escuchó sus propias maldiciones.

El amigo de Beatriz, un hombre apuesto, con canas en las sienes, no explicó por qué se había apeado del coche de Beatriz en un semáforo, lejos de su casa en las Vistillas, cuando ya llovía. Eso sucedió minutos antes del accidente. Una hora antes, dijo, habían cenado en Lucca, donde no habían tenido que esperar pese a llegar antes de la hora prevista en la reserva –no salió mucha gente, esa noche de lluvia–, y habían cenado temprano porque se habían salido de un concierto en el Auditorio. Tampoco explicó por qué.

Daniel había estado trabajando esa noche en su mesa de arquitecto, lo mismo que esa tarde, que esa mañana, que la noche anterior y que los últimos veinte

días, sin hacer casi pausas para comer o dormir. Sin quejarse tampoco, en silencio, con a tenacidad de quien tiene una misión. ¿Qué es lo que hacía esa noche desapacible, rodando por la M-30, en el noroeste de Madrid?

Beatriz y su amigo se salieron del concierto ante la imposibilidad de ella de aguantar más a una señora que en la fila de atrás jugaba con el cierre de un bolso, indiferente a las miradas como una ostra ciega. Esa señora jamás lo supo pero el jugueteo de sus dedos fue amasando una irritación sorda en Beatriz, que se le mantuvo apelmazada en la garganta y el estómago al salir. Las luces de la ciudad rebotaban rojizas sobre un cielo negro de tormenta.

El trabajo que ocupaba a Daniel desde hacía... hacía... imposible saber desde cuándo, era un proyecto de edificio para un terreno que coronaba la única colina de la ciudad, al final de la M-30, y que el ayuntamiento, quién sabe por qué, había decidido declarar zona urbanizable.

En el restaurante al que Beatriz y su amigo llegaron antes de hora no ayudó para nada el silencio de esa noche de miércoles, la vigilancia de los tres camareros que se mantenían en guardia a cinco pasos de distancia, y que pudieron oír el ruido de los dientes mientras mordían rencorosamente una chuleta.

Daniel trabajaba solo, en una de las dos habitaciones de su apartamento en un luminoso y escondido edificio de la zona de Arturo Soria. De vez en cuando era visitado por su novia, que no entendía ese empeño de atleta a un mes de la boda. En las últimas semanas las visitas habían ido menguando como el chorro de un caño que se va quedando seco. La última, esa noche, dos horas antes del suceso.

La bronca rompió con las primeras gotas de lluvia sobre el cristal de la ventana, cuando Beatriz se empeñó en rascar el hueso de la chuleta exhausta, de la que ni un mendigo hubiera obtenido nada, y su cuchillo resbaló contra el plato y produjo un chirrido que erizó a todos los pelos del cogote y les hizo rechinar los dientes como si estuvieran mordiendo tiza. «¿No ves que ya no queda nada?», se impacientó el amigo de Beatriz, ya ladeado y con las piernas cruzadas. Esperaba a que terminase para poder encender puro delgado y largo.

La novia de Daniel apareció esa noche a recogerle para una cena en la casa de la tía Elena, y se enfadó con una cólera de hielo cuando le vio inclinado sobre el tablero, con la barba sucia y la misma camisa de la última visita. No la oyó abrir



la puerta con su llave y ni siquiera levantó la vista cuando se detuvo frente a su tablero de dibujo. La luz del flexo hacía brillar los pliegues de su falda de raso y sus piernas acariciadas por medias de cristal, y mantenía en penumbra su torso encima de la curva de los senos, su rostro perfumado.

Beatriz había crecido en una casa en la que era norma quitarse los zapatos cuando el padre artista componía. En el código penal de esa familia se condenaban los portazos, los gritos que no fuesen de entusiasmo, los locutores de radio y la televisión. Debió de tener una infancia luminosa, Beatriz, no sólo porque ésas fueron las únicas prohibiciones sino porque, ya de mujer, le aparecieron en el rostro ojeras de nostalgia.

Cuando el accidente, hacía ya muchos años que Vinkírovitz había escrito la última nota de su música punteada de silencios, y muchos desde que éste dejó de ser posible. La casa de Zurbano en la que era preciso descalzarse había sido engullida por un edificio más de paredes delgadas que encarcelaban a sus moradores y les condenaban a juzgar en las peleas de sus vecinos, soportar los concursos de televisión, entristecerse con sus sesiones de amor a hora fija y temer el regreso a casa.

Esa era la razón de que Beatriz viviera en San Sebastián de los Reyes, donde aún es posible saber el nombre del cartero, y esa era la razón de que siempre utilizara su propio coche, cuando salía, aunque su compañero tuviera una de esas motos poderosas que adelantan las caricias de la noche. Prefería ser ella la que tuviera que vestirse, Beatriz; así podía elegir el momento de marchar, siempre antes del alba. No quería llevar a nadie a su casa. En una habitación al lado de la suya dormía un niño. Esa noche no llegaron a ir al ático de él.

En cuanto a Daniel, murió a medio kilómetro del terreno de la M-30 donde había pensado construir un edificio que no se viera. En esa idea se había dejado el sueño y el hambre. Y olvidado que en un mes iba a casarse. Así nacen los héroes. Un día un hombre corriente que se puede llamar Daniel Arana se entera de que alguien se dispone a cometer una fechoría y se le antoja que él puede evitarlo. Ocurre como con el amor, cuando ocurre, poco. Nada vuelve a ser lo mismo: no se tienen ya deseos de leer novelas ni tampoco de dormir la siesta.

Daniel tardó en asimilar que alguien quisiese poner algo en aquel espacio más o menos libre en una ciudad gris porque era aún muy joven. Comprenderlo le

aplastó. Su desesperanza no duró mucho porque a su edad la biología la impide.

Una tarde en que permanecía postrado, sin ánimo siquiera para cambiar la cinta que se repetía desde hacía dos horas, soñó que a lo mejor era posible construir un edificio invisible, un edificio verde, un edificio tan perfecto que a los gorriones no les quedara más remedio que regresar. Soñó aún durante un tiempo con que apareciera un genio para hacer posible lo que no lo era, y llegó a desearlo tanto que temió que alguien revocara la decisión de rellenar el único espacio vacío de la ciudad. Pronto se hizo evidente que tal posibilidad no existía. Otra tarde, de pronto –miraba por la ventana–, no le quedó más remedio que aceptar el papel de genio.

Daniel repasó sus reservas de escuadras y de lápices, se gastó el dinero de la nevera y la lavadora de su futura casa en libros de arte y de botánica, no de arquitectura, apartó el taburete de su mesa y comenzó dibujando un árbol.

«No puedo ir», le dijo Daniel a su novia, sin rodeos, la noche de autos, y recibió de vuelta un silencio que no había escuchado nunca y que, casi con alivio, creyó definitivo. No lo era. Simplemente su novia creaba ese espacio en el que anidan las culpas para arremeter luego mejor con los reproches. Comenzaron con un susurro entre los dientes –«¿Que no puedes ir? ¿Cómo que no puedes ir?»–, y luego subiendo de volumen, todo el repertorio. Por primera vez en semanas, Daniel acercó el taburete, para sentarse y aguantó. Esperó el final de la primera escala, y en la pausa volvió a decirlo: «No puedo ir. Lo siento».

En el restaurante quedó flotando el chirrido del cuchillo contra el plato y la impaciencia del amigo de Beatriz. Los camareros miraron con menos disimulo. Entonces todos oyeron por primera vez la lluvia. Tras la pausa el hombre adoptó un tono amistoso, de consejero, para explicarle a Beatriz que no podía seguir así, había que adaptarse al mundo, no se podía exigir la perfección, decía, pedir un silencio exacto en un concierto. Ese camino sólo lleva a la amargura.

Siguieron los sollozos. Tras la cólera asomaron lágrimas mientras algo en la garganta torcía las palabras de la chica. «No te entiendo», dijo con abandono. Sólo eso logró llegar hasta Daniel y conmoverle. Dio la vuelta a la mesa, cogió a su novia de la mano, la hizo sentar en el sofá, y allí empezó una vez más a

explicarle por qué era tan importante para él terminar antes del día siguiente – fin del plazo– un proyecto del que dependía sencillamente que siguiera durmiendo en paz. Al menos lo habría intentado.

El hombre siguió en los postres la que se fue convirtiendo en letanía, era como si hubiese atrapado al fin la excusa para ir desgranando toda esa larga hilera de extrañezas que se le habían empezado a acumular desde el mismo instante en que vio a Beatriz en la esquina de un cóctel de embajada, vestía esa noche un vestido negro con una perfección de estatua. Ella callaba.

La chica escuchó esa noche, por primera vez sin impacientarse, todos los razonamientos que Daniel le había expuesto varias veces en las semanas anteriores, pero al revés que en las otras ocasiones no respondió cuando él quiso darle un beso. Le puso una mano sobre el pecho. Labios cerrados y ojos abiertos. Se levantó y fue al cuarto de baño para pintarse de nuevo, y cuando regresó Daniel ya estaba de nuevo entre sus planos. En la puerta se volvió. Comprendió que no la oiría. Ya nunca podrá resolver la duda, la novia viuda de Daniel, de si las cosas hubieran sido diferentes si ella hubiese dicho esa noche lo que aplazó para más tarde, ni si él la habría escuchado.

La historia de Beatriz con su amigo terminó ese miércoles de lluvia cuando, ella al volante, llegaban al ritual en que él preguntaba adónde iban. Ella dijo que quería irse sola. Se encontraban en el semáforo raro de Costa Rica. Sí quiso acercarla hacia sí, pero ella le puso una mano sobre el pecho. Se miraron. «Como quieras», dijo él, y se bajó.

En ese instante Daniel había enfilado ya la M-30, que en cierto lugar bordeaba el único lugar con aire de Madrid, ¿recuerdan? En las prisas de su proyecto se había olvidado comprobar cuáles eran las direcciones de las calles adyacentes al terreno, y ya al final cayó en la cuenta y recordó que son esos detalles los que exigen los burócratas. No figuraban, las direcciones, en su viejo callejero. Corría a comprobarlas.

## LADRÓN DE ÁRBOLES

*A Clara*

Una luna musulmana cuelga sobre el puente e ilumina un camino en el agua, y el conjunto desde la orilla izquierda conjuga tal postal que el viajero saca un pequeño telescopio de su bolsa de mano con el deseo de acercar el paisaje, fundirse con él y quedárselo: la luna, el puente, el camino tembloroso del río.

Aparece en escena un muchacho. Su entrada ha sido tan sigilosa que no se sabe de dónde sale: antes no estaba, ahora está. Quizá se mantuviera al acecho, en algún rincón oscuro, porque ahora, con la fugacidad de una sombra creada sobre un muro por un lejano coche veloz, se dirige con seguridad hacia el hombre colgado del telescopio, mete la mano en su bolso y, con la delicadeza, la suavidad de una caricia de la que dependiera toda una noche, saca una cámara de fotos y se la lleva. Desaparece.

Por alguna difícil razón el viajero no se ha dado cuenta, no ya del paso del chico a su lado, suave y preciso como el planeo de un pájaro, el revés de un tenista, sino de la nueva levedad de su bolso. Ha sido un regate de tahúr con la experiencia de un donjuán.

El muchacho no pierde el tiempo. Desde que puso los dedos en la cámara supo que tenía algo bueno, de la misma forma que un golpe de ojo revela la calidad de una seda e la solidez de un mueble, y lo confirmó un segundo después, por el peso. Las cosas buenas pesan, sabe. La cámara tiene un zoom incorporado, que doblará su precio. Ahora camina rápido, pegado a las calles más oscuras –es esa una ciudad todavía con calles oscuras– y a su manera ruega para no encontrarse ni con un policía ni con un ladrón. En ambos casos el resultado será el mismo, agravado en el primero por una paliza. La simple idea de perder ahora la cámara, después de dos horas de cerco y acecho, le nubla los ojos y le afila el hambre. Se ha hecho ya a la idea de comer todo un mes, él y los suyos, un mes, y desde antes del golpe tiene ya la boca llena de saliva.

La noche está sin embargo de su parte porque nada le ocurre. Llega al bar de Batai. Le basta asomarse un instante, recostarse en la puerta como la silueta de una profecía. Al instante sale Batai y ahí mismo, en un rincón creado por unos cubos de basura y la pared del excusado, se lleva a cabo el negocio. Batai da de

entrada un buen precio y nunca engaña. Esa es la razón de que siempre le lleven a él las mejores piezas. Tampoco admite regateos.

Ya se van a separar cuando el muchacho levanta el brazo y se detiene. Batai le interroga también en silencio. Con mímica de mudo, el muchacho reclama la cámara. Batai se la entrega, sin recelo, algo de impaciencia y también curiosidad. Con cierta torpeza el muchacho rebobina la película sin darse cuenta de que es posible apretar un botón para que la cámara lo haga sola. Luego la abre, retira el rollo y devuelve la cámara a Batai, que se ríe brevemente y da la vuelta a la casa para entrar por atrás con el botín. A la luz de la misma luna herida que se acuesta ya sobre la ciudad, el muchacho sustrae un billete del pequeño fajo que le han dado y se lo mete en el bolsillo. Olfateando alrededor con sus ojos brillantes, se quita el zapato derecho y mete ahí los billetes, que encaja con el pie. Luego desaparece en busca de comida.

Serán las dos o las tres cuando el muchacho llega al piso de Zdenka y llama aunque la hora no importa, allí nunca es de noche ni de día, no son esas las leyes que rigen.

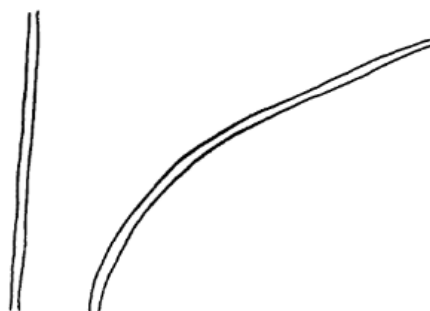
Abre la propia Zdenka con una mirada seca, que se suaviza cuando reconoce al muchacho en la penumbra de la escalera. Por primera vez en toda la noche el muchacho sonrío –ni siquiera lo ha hecho al terminar de comer con un suspiro de nostalgia– y, sin más gesto que ése, alarga a Zdenka el rollo de la cámara. Ella lo mira, luego al chico, sonrío a su vez y le hace pasar con un gesto suave que no le va: es una mujer trágica, con pelo rojo, cejas negras, ojos hundidos y concentrados. Es alta, angulosa y fuerte, y va semidesnuda, cubierta sólo con los escasos dibujos de una ropa interior negra, medias que no alcanzan a remontar sus piernas y una bata de seda con la que intenta cubrirse mejor nada más cerrar la puerta, como si hubiese tomado una decisión.

Así es: un hombre también semidesnudo que asoma y no acepta una seca invitación a esperar es despedido sin recurso. Zdenka entra en la cocina, calienta un cacharro con café viejo y se toma dos tazas de golpe. En cierto momento mira al muchacho, le pregunta qué tal le va y vuelve a sonrío.

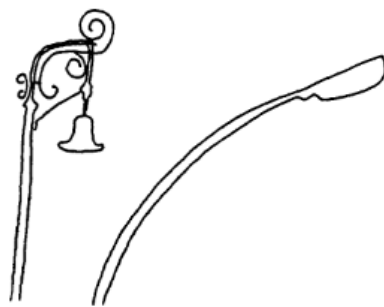
Luego saca una tabla de detrás de la nevera y la encaja en la única ventana, apagando los pálidos reflejos de un patio de vecinos. Enciende entonces unas luces rojas que descubren lo que antes, bajo la luz de quirófano de la cocina, no

destacaba apenas: fotos de mujeres desnudas pegadas contra los azulejos para secarse, que no son como todas las fotos de mujeres desnudas porque aquí se reconoce siempre a su autor.

No mucho después las primeras sombras nacen sobre el primer papel. Es un instante que el muchacho teme, en parte porque no cree que vayan a aparecer, sobre todo porque casi nunca lo que aparece está a la altura de lo que esperaba. Lo que aparece aquí son dos líneas oscuras que no comprende. La una es recta, vertical, la otra curva, y ambas se destacan sobre un fondo gris, como esos días donde todo el cielo es una manta que no termina de romper.

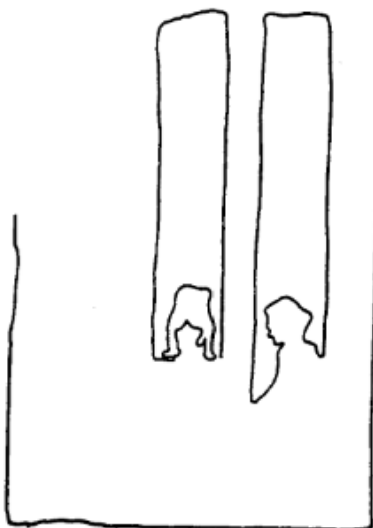


Lo entiende en la siguiente imagen. Bajo el mismo cielo y como desde un poco más atrás, las dos curvas terminan en lo que se ve son lámparas, aunque una de ellas es de un tipo que no ha visto nunca.



El muchacho mira a Zdenka y sonrío satisfecho. Zdenka corre el negativo en la ampliadora y proyecta sobre el papel lo que parece una mujer rubia en una intensa oscuridad, que luego, al aparecer la foto en el fregadero, se transforma en una mujer, una joven abstraída, sentada de espaldas a una ventana y recortada contra ella. No es una buena foto pues la luz de la ventana deslumbra y de la chica –aparece abstraída, inconsciente de que le estén tomando una foto– no se ve más que la silueta.

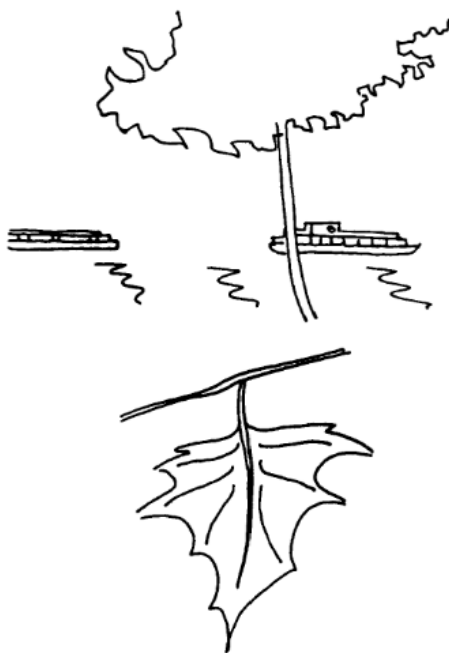
En la siguiente imagen sale del blanco la misma mujer, un poco más lejos, recortada contra la misma ventana, y a su lado un tronco, algo que no aparecía en la anterior y que el muchacho, desde luego, no conoce. Mira a Zdenka interrogante y ella le dice: «Parece una escultura», sin que esté claro que él sepa lo que es una escultura. Sin saber por qué, al muchacho le parece que al oír ese disparo la joven se dio cuenta de que la estaban fotografiando.



Luego viene un tranvía, la parte de atrás de un tranvía, desdibujada por una velocidad mucho más rápida que la que llevar los tranvías y, sobre todo, que la que se imprime en la cara de dos señores que leen el periódico en la parte de atrás y en la cara resignada de una viejecita que se sienta en la mitad, y a continuación un barco. Uno de esos barcos pacíficos que remontan el río para traer hasta la ciudad a los turistas con tiempo, y que recorren los cuatro puentes hasta el embarcadero, mientras una voz que en verano se alcanza a oír, les va contando a los viajeros un montón de cosas que el muchacho está convencido son mentiras.



Salen entonces los árboles. Del fregadero, del papel blanco se desprende una serie de árboles, más que larga, intensa. Primero, troncos, el placer de troncos largos o gruesos, rectos o retorcidos o entrelazados, en una progresión, intuye el muchacho, que tiene cierta cadencia, como un baile que se fuera complicando. Esa es como una presentación, un panorama del bosque. Siguen algunas fotos de troncos, de sus superficies y dos o tres de hojas. Tres hojas: de roble, de chopo y de castaño, todas, se adivina en los grises, teñidas ya del color del otoño, todas colgando de ramas muy abandonadas, todas recortadas contra el cielo y a punto de caer. En el borde.

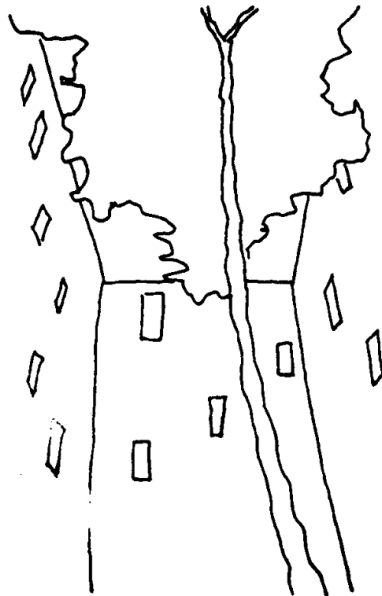


Al final de los árboles y de las hojas reaparece la chica. Aunque su mirada tiene un punto de reserva, de viaje, ya no está abstraída y mira hacia la cámara. Desde la última vez ha localizado al fotógrafo, lo ha reconocido y se ha marchado con él. A ver árboles, bosque. El muchacho lo conoce: es el que está en el centro de la isla, en medio del río.





Tal vez no lo ha reconocido. Tal vez lo ha conocido, le ha gustado y se ha marchado con él. Parece un poco tímida, retraída, sin embargo, al comienzo. A medida que la cámara se le acerca va perdiendo timidez y de su entorno van desapareciendo árboles, hojas, cosas, y apareciendo algo dulce al comienzo y luego fuerte, fuerte, una mirada fija, un deseo como de quedar se ahí, de ser recordada para siempre.



De pronto comienzan a aparecer de nuevo los árboles. Un árbol, en realidad. Un solo árbol, una acacia de tronco muy largo que se encarama seis pisos en un conocido patio de la ciudad. El muchacho reconoce el patio. Siempre le admiró con qué fuerza se puede intentar escapar de la fealdad.

El muchacho reconoce al hombre del puente. Es una foto ligeramente borrosa pero se le distingue bien y, sobre todo, se distingue su mirada, que es de la

misma naturaleza que la última de la chica, como si estuviese haciendo esfuerzos para recordarlo todo, quedarse ahí, arriba, recortado contra el cielo.

Luego nada. Ya no hay más fotos, el resto del rollo aparece blanco, interrumpido por el robo. Cuando al fin el muchacho se decide a encender la luz, lo primero que ve un segundo es la mirada de Zdenka, ida, como la de la chica al comienzo pero con certeza en lugar de incertidumbre. Zdenka despierta al encenderse la luz, mira al muchacho y le sonríe con afecto. Se apresura a quitar la mampara de la ventana –amanece ya y una luz temblorosa y gris entra en la cocina– y en parecer ocupada.

El muchacho, embebido durante un tiempo mirando las fotos pegadas en otra pared de azulejos, sonríe de pronto, pone una mano en el brazo de Zdenka, que se dispone a encender el fuego para calentar el café viejo. Zdenka se vuelve y el muchacho se levanta un poco de puntillas y le da un beso en la mejilla. Luego le pasa un dedo por ahí, suavemente. Está contento, el muchacho. Tiene una historia.

## CONRADANZA EN EL TELESCOPIO

Miradlos. Mirad cómo van trenzando su estela sobre la autopista de la costa, ansiosos y jóvenes, cómo juegan ellos en el más moderno y más viejo de los duelos de amor, cuando se acaban de descubrir, el sol estalla en el mar a lo lejos, y ambos se esconden tras sus gafas oscuras para disimular sus deseos, fingirse indiferentes.

¿Indiferentes? Cómo pretender que nadie les crea si desde hace una hora, cuando se descubrieron el uno ante el otro, el otro detrás, enmarcado en el espejo, no cesan de adelantarse mutuamente, quince, veinte veces lo han hecho ya.

Aunque no tontamente, no de cualquier manera. Primero él ha cruzado ante ella como si de pronto recordase una misión. Ella le ha vuelto a pasar cuando él ha ido olvidando la misión, cuando se ha visto que no había tal y ha levantado el pie dos milímetros, diez kilómetros por hora. El adelanto ha sido con la suave impaciencia de quien va ligera, sólo ligeramente más rápido con un coche un poco, sólo un poco mejor: unos cuantos cilindros más, nada más, unos cuantos caballos más fuerte. Estos detalles tienen importancia.

Él, claro, ha vuelto a pasar. Ha esperado un tiempo prudente antes de volver a recordar su misión y, otra vez con el aire trascendente de quien tiene algo que hacer, la ha cruzado a ella por la izquierda, siempre ocultos ambos por las gafas de sol que impiden ver el movimiento de ojos hacia el espejo, comprobando qué hace el otro. Intentando saber qué siente el otro, si ya se ha dado cuenta. Y así.

Ya lo creo que se han dado cuenta. Imbéciles tendrían que ser, y no lo son, al contrario. Él acaba de descubrir una ecuación para copiar el giro en escuadra de los pájaros –y todavía ni se imagina las consecuencias de su hallazgo–, y ella, leve y ligera como una gaviota en su Morgan descapotable, logra conservar una libertad de novela pese a estar casada, más o menos felizmente casada con un fabricante de pañales, cremosos algodones y pañuelos para bebé. Extraordinario.

Él, que para adelantar el Morgan a 140 tiene que subir a tercera y coger impulso, se llama Evaristo; un nombre de científico, sin duda. Ella, que para mantener la trenza de la estela tiene que ir reteniendo los caballos bajo el capó, se llama Diana y se divierte. Lleva un pañuelo amarillo sujetándole el pelo y

enrollado en su largo cuello de bailarina, como en las películas italianas, y sostiene el volante de madera con una sola mano enguantada en ante. Sus gafas de carey oscuro están ligeramente agachadas por el borde, lo que entristece muy suavemente su rostro, y a la vez, por ser una moda, un signo de casta, no permite errores sobre el año en que estalla sobre el mar esta mañana de dos de junio: aún se puede ver el sol sin levantar la cabeza, y el tráfico, un miércoles, es de sólo gente que trabaja: camiones, lecheros, un médico dos kilómetros detrás, ¿lo ven?, que debe ir a atender a un barco en cuarentena, y un cargamento de cerdos, unos veinte adelante, que de alguna forma oscura intuyen su muerte ya decidida: gruñen cobardemente como cerdos que son.

Evaristo y Diana también trabajan, si bien muchos, en el caso de ella, lo negarían. Aunque él se ha buscado la excusa de ir una vez más a comprobar el giro de las gaviotas cuando avistan un calambre de plata bajo una ola, se siente ya muy seguro de la ecuación, exhausto por lo tanto tras meses, años de anhelo. Para él es casi un día de vacaciones.

Diana, en cambio, se dirige al palacio ése afrancesado de techo de pizarra que se encuentra delante sobre una roca colgada ante una playa y cercada por medio millón de pinos: Santa Águeda. La marquesa del mismo nombre la espera junto con las demás señoras del consejo director de la Asociación de Amigos de las Víctimas del Ruido para terminar de planear la regata que el 30 de junio recaudará fondos e inaugurará la temporada.

Participará el rey, eso quiere decir que acudirán los quinientos financieros, capitanes de industria y linceos de la bolsa que componen su mesa redonda, y cada uno de ellos se dejará un millón para que sus hombres, a veces con ellos mismos en la barra, luzcan sus colores. Será un éxito. Algunas de las señoras ya han llegado y otras dos, la baronesa de Piedra y la señora de Usmet (su marido ha construido una buena porción de los edificios que desde hace veinte años dibujan de otra forma el perfil de esta costa) son las que cruzan en este momento las rejas de Santa Águeda y enfilan el serpenteante camino de grava bordeado de bancos románticos de madera y hierro, estatuas, cipreses y cenadores ideales para la lectura y las citas de amor, y que ya no se usan nunca.

Para muchos, pues, no es concebible que eso se pueda considerar trabajo. Eso: correr bajo la brisa y el sol de primavera tras la estela de un guapo científico, o fingir que se discute con unas cuantas señoras. En realidad ya todo está

planeado por los eficaces jóvenes empleados de la asociación, que podrían ganar mucho más en cualquier banco, cualquier notaría, pero que astutamente esperan, organizando regatas y torneos, la oportunidad de un braguetazo. Así transcurre la mañana en la terraza de Santa Águeda, célebre terraza desde la que ven acercarse al muelle, en noche de baile, los yates iluminados por banderas de gala, sirenas y fuegos de artificio, y desde la que sale, sin que se la vea desde el mar, la música nunca excesiva de una orquesta de treinta.

Pues sí, sí lo es, es trabajo para la pobre Diana, Diana no lo haría si pudiese evitarlo. Sabe sin embargo que ése es uno de los deberes de su rango –muchos o pocos, según se mire- y que ha de cumplir con este impuesto si quiere mantener esa libertad de mujer con marido que se permite el resto del tiempo.

En cuanto a él, Evaristo, el trabajo de este miércoles va a ser tan leve que lo considera casi un lunes. Los lunes son los días de descanso para Evaristo, un solitario que detesta los sábados y los domingos justamente porque son los días preferidos por la gente para hacer lo mismo al mismo tiempo. Evaristo trabaja en su laboratorio los sábados y domingos y los lunes descansa: va al cine, visita librerías, lee novelas de cazadores y navegantes, que son las que le gustan. De modo que ahí van los dos, cruzándose y volviéndose a cruzar, creando una estela imaginaria con la estela de sus coches, ocultas miradas al retrovisor y sueños: porque en realidad no se ven, se imaginan. A estas alturas, a unos siete kilómetros de la entrada a Santa Águeda (luego el viaje se prolonga diez minutos), Evaristo piensa que Diana debe de ser algo tímida, pese a su evidente soltura al sostener el volante: ni una sola vez ha reconocido el juego que ya no es posible negar, como no puede negar que quiere que la besen la doncella que ha abierto los labios ya una vez. Ni una sola vez ha reconocido Diana el juego: ni con una sonrisa, ni con una mirada franca de ms gafas de sol, ni con un leve saludo al contrincante al cruzar metales bajo el sol y la brisa del duelo.

¿Duelo? ¿Hay un duelo acaso? Sin duda: lo hay. ¿Qué otra cosa puede ser ese cruzar y descruzar espadas en la carretera de la costa? Ella sabe de algún modo que Evaristo no es un empleado, un dentista, un notario, un ingeniero, un arquitecto, algo así. No hay notarios, empleados o dentistas los miércoles de primavera sobre la carretera de la Costa. Si reparó en él, precisamente hace una hora, fue porque su forma de adelantarla –debía de ser ya la segunda o la tercera vez – no era la de un notario o un arquitecto. (Diana tiene una cuenta personal con los arquitectos, capataces de su marido.) La adelantaba sin

prepotencia de banquero ni tampoco rencorosa humildad de empleado: la adelantaba sencillamente como si tuviese más prisa que ella, lo que ha estado desmintiendo al dejarse pasar de nuevo una y otra vez con la mayor facilidad, aminorando incluso la marcha.

Él sabe que Diana es una niña rica. Ahí se acaban sus certezas. No sabría decir si es una marquesa, una actriz de cine o la amante de un gran escultor. Conduce con elegancia –sólo una mano en el volante, el brazo recto, la barbilla un poco subida, la cabeza ligeramente ladeada, potencia contenida –, y al tiempo hay algo indefenso en ese pañuelo al viento, esa timidez que le impide entregarse al juego, mirar, sonreírle... Evaristo piensa que la chica es estudiante, lo que descarta de inmediato pues no ha visto nunca a una estudiante conduciendo un Morgan. Sin embargo vuelve a pensarlo.

Diana, mucho más rápida, ha deducido ya por los arañazos del coche y el pelo revuelto, la línea anticuada y cómoda de las gafas de sol y la desenvoltura con que apoya el codo en el hueco de la ventana, ha deducido que Evaristo es un hombre libre. Seguramente no tiene jefes, ni horarios, y su trabajo no funciona a base de regaños, zancadillas, aumentos de sueldo y palmaditas en la espalda, con una escalera delante para imaginar en ella una cumbre, y mucho menos tarjetas para registrar entradas y salidas. Esas cosas Diana las sabe de inmediato. Se ha adiestrado en reconocer a hombres como Evaristo porque los sabe sus iguales y sabe que ya no quedan. En su ansiedad por lo que se extingue, Diana se parece a los cazadores de cuernos de rinoceronte, a los traficantes de pintura impresionista.

Precisamente por todo ello Diana sabe también que hay una mujer en la vida de su duelista. Diana conoce a las mujeres y no ha visto nunca que las mujeres dejen libre a un hombre con esos rizos de griego, ese perfil noble, esos labios de muchacho. Se fija mucho, Diana, en los labios, cuando él queda enmarcado en el retrovisor. Por eso, por la segura existencia de otra y por los labios, hace ya veintisiete kilómetros que Diana estudia la manera de terminar la trenza con un nudo. Tiene ya terminado un plan.

Él también acaricia un plan. Lo hace de una forma mucho más abstracta, como si para su mentalidad científica sus posibilidades no superen el quince, quizá el veinte por ciento.

Ya están cerca del gran portón de hierro de Santa Águeda y Diana sabe que debe darse prisa. En este momento va detrás, a unos cuatro cuerpos de distancia. Acelera suavemente su Morgan de plomo que brilla opacamente bajo la brisa y ve cómo se acerca ligeramente la nuca de él, los rizos que enmarcan el rostro armónico y los labios. El camión de cerdos, atontados por el viaje, está mucho más cerca, y el coche del médico también.

Diana pone el intermitente y comienza a salir al carril izquierdo para pasar, muy desde atrás, en un ángulo muy amplio, con esa elegancia y facilidad de su brazo estirado sobre el volante de madera. Su plan es muy sencillo, mas, a estas alturas, de resultado seguro. Se toma su tiempo. Sabe que el Morgan reaccionará con segura rapidez si viene otro coche. Desacelera ligeramente al llegar a la altura de la ventanilla donde él reposa el brazo y deja que la brisa le acaricie su pelo rizado de estatua. Allí se mantiene en peligro, como sobre un trapecio. Llega el momento en que a él no le queda más remedio que girarse a mirarla. Diana se ha quitado las gafas de sol, tiene los ojos negros que Evaristo había imaginado, más expresivos, más inciertos aún. Sonríe. Sonríe abiertamente, como quien descubre un póquer de ases. Luego acelera, también suavemente, y aleja.

Diana ha decidido acabar con el juego, la trenza, ha decidido anudarla. Hace rato ya que sabe que quiere continuar, peinar esos rizos de muchacho con su mano delgada, tocar con las puntas de sus largas manos esos labios sin maldad. Su plan es adelantarse y detenerse en la gasolinera, un kilómetro antes de Santa Águeda, con el tiempo suficiente para comprender que no lleva dinero, acercarse a la carretera para hacerle señas cuando pase y pedirle, al detenerse – porque para Diana no hay la más mínima posibilidad de que él no se detenga–, pedirle algo de dinero prestado. Ese plan rudimentario –a ella le da igual que sea rudimentario, con tal de que funcione– tiene la extraordinaria ventaja de que la deja libre para acudir a su reunión de señoras, llega tarde, y le proporciona una cita con la coartada de devolverle el dinero. Diana sabe que si consigue una cita está hecho.

El plan de Evaristo es parecido, aunque menos preciso. De hecho ha estado intentando ponerlo en práctica pero ella no le ha dejado. Ha estado intentando coger una delantera suficiente para fingir una avería, aparcar en el arcén, levantar el capó y eventualmente hacer señas. No ha contado con que su coche no es un Morgan y su velocidad punta es de 140, 150 con impulso. Y es muy

ingenuo al creer que ella se detendrá al ver qué ocurre sin que él se lo pida aunque sea con el más leve signo. Se necesita un signo, incluso una señal evidente. Sin signo eso no ocurre ni en las películas. Ya casi se pueden escuchar los gruñidos de los cerdos que van a morir y dentro de un instante aparecerá en escena el coche del médico que ha de ir a un barco en cuarentena.

Evaristo no ha contado con la velocidad punta de su coche vulgar, como tampoco ha contado con la reserva de agua del motor ni la reserva de gasolina. Hace cincuenta kilómetros que el tomate rojo está encendido, primero a ratos, discretamente, y luego en un solo alarido sin fin, pero Evaristo ha estado demasiado embebido en el vuelo geométrico de las gaviotas y en el pañuelo amarillo de una chica. En el momento exacto que ésta le adelanta dejándole de regalo su primera mirada, su primera sonrisa, una niebla blancuzca comienza a oscurecer el paisaje de Evaristo y el coche comienza a toser, a sacudidas; parece muy grave.

Así que es inútil la espera de Diana en la gasolinera. Ha repostado, se ha entretenido con el pañuelo, las gafas, las llaves -ha prolongado el tiempo con el chico de la estación, que no entiende nada, ha tenido que pagar al fin y marcharse a Santa Águeda con una melancolía de tarde de domingo. Tres kilómetros atrás, Evaristo se dice aún que a ella le terminará por extrañar su tardanza en adelantarla y en cualquier momento regresará para ver qué ocurre. A él no le ocurre gran cosa, salvo una progresiva frustración que se le instala en forma de ansiedad en el estómago. A los que les ocurre es al médico de la extraña epidemia y a los cerdos mareados y gruñentes que, tres kilómetros atrás, se dirigen a toda velocidad a su destino.



## PARA TRANQUILIZAR A LOS IMBÉCILES

Durante todos estos años de movimiento y ruido no he logrado olvidar ni un solo día la primera página de aquel viernes de octubre, aquella impresión de que, mientras la aprendía para siempre con una sola lectura, alguien creaba un incendio en mi estómago, llamas blancas que ascendían hasta la boca e impedían una sola palabra, cualquier palabra. Pero ahora, ahora que para cruzar los días me tengo que servir de pequeños trucos como arreglar enchufes, copiar a plumilla los árboles del parque, pasear al perro o escribir con seudónimo cartas a los periódicos, es como si la lentitud del tiempo me hiciera más tolerante: hará unas tres o cuatro semanas tuve la primera intuición de que aquella portada no había sido un hecho aislado, de que tal vez, probablemente había venido anunciada por signos, anuncios de que D. preparaba su inmolación y de paso también la mía, con inconsciencia de pirómano.

Estas líneas son el intento de poner en orden el aluvión de pistas que, en efecto, me comenzaron a llegar tan pronto dejé por fin el rencor a un lado, los prejuicios de la memoria. A mi edad, sólo escribiendo una línea tras otra logro ordenarme.

D. fue siempre un buen periodista, respetuoso de la exactitud y ansioso por cazar el tiempo, y creo que comenzó sus juegos mientras le nacía la intuición de que un periódico no es ni mucho menos una garantía de sorpresa, una vacuna contra la rutina, y que por el contrario existe cierta monotonía en el desastre, una sensación de ya vivido, una desasosegante predictibilidad en las primeras páginas.

Supongo que lo que le llevó a un periódico, como a la mayoría, fue esa impaciencia por huir de lo previsible, por huir siempre, lo mismo que a otros conduce a la guerra o a querer hacer cine. Espejismos. Es sintomático que, como muestra la vieja colección del desván (ya casi pergamino, pese a los esfuerzos de la pobre Elena), la primera palabra que D. utilizó para jugar en sus crónicas fuera «gloria»: el gloria, la gloria, Gloria.

Es asombroso que no nos diésemos cuenta entonces. En dos crónicas de agosto, casi dos meses antes de aquel día oscuro de octubre, aparece más de una vez, sin venir a cuento. Se ve desde lejos como un semáforo, gordo en la

página como una almendra. Parece mentira que editásemos tan mal, que nadie le preguntase de qué y por qué aquellos «gloria».

El primero, por ejemplo, se desliza en la crónica de un festival de jazz al aire libre, cuando dice que el público, arrobado, «iba entonando glorias en el alma» mientras iba escuchando uno de los célebres diálogos de saxos entre Cassio y Schwartz. Podría pasar. Cuatro días más tarde aparece el segundo y más estruendoso. «La llegada de la gloria», titula D. una crónica sobre un imprevisto cambio de gobierno, y cuenta la forma en que la noticia les llegó literalmente a los nuevos ministros «...colgó el teléfono, miró abstraído por la ventana como hacen los grandes hombres en los grandes momentos, y se preguntó si volvería a tener la oportunidad de intercambiar versos con su nieta.» Como siempre en D., la crónica está escrita con talento, con más talento incluso del habitual precisamente por su intención escondida, pero parece mentira que no viésemos la ironía. Probablemente creíamos, periodistas enrutinados, que un nombramiento de ministro era, en efecto, la llegada de la gloria.

He pensado en ello y creo que algo se rompió en D. el día en que se atrevió a dirigirse a Gloria directamente, sin esconderla tras un sustantivo o en los pliegues de una oración en un concierto de jazz. Supongo que le dio mucha rabia comprobar que sus violaciones del código no sólo no tenían consecuencias sino que nadie parecía reparar siquiera en ellas, o quizá una esquina de aquello que fuese que estuviera viviendo le hizo por completo indiferente a su propio destino.

Era un reportaje sobre navegación a vela, deporte que le interesaba y sobre el que había escrito un par de artículos –también los he releído–, insólitos por su inteligencia y carencia de pedantería. La larga travesía del mar en solitario como competencia del hombre consigo mismo. Se ha dicho mucho pero él lo decía mejor. El reportaje, escrito con esas libertades literarias que se toman los periodistas de deportes, evocaba la última travesía de Juan San Esteban, desaparecido unos días antes, presumiblemente el once, en el vértice del huracán Claudia, en la costa de Jamaica. Con el radar y la radio estropeadas, y la obsesión de romper cualquier estúpido récord de navegante, San Esteban estrelló su catamarán volador contra los arrecifes, como en un cuento de piratas. «No sabe ya cuándo dejó de ver la Osa Mayor, la carreta de Hércules y la estrella Nicomeda, que en el Trópico de Cáncer iluminan las rutas de los marinos», escribió D. «Hace setenta y dos horas que no duerme. Se ha roto el aparato que permite a esos

*barcos navegar más solos aún, y además está convencido de que sólo con él en la barra logrará llegar a tiempo. A tiempo ¿de qué? Entonces intuye en la oscuridad el gemido del monstruo, siente que el mar tiembla bajo sus pies y recibe en la cara el primer aliento del látigo. "Gloria", piensa, ¿qué estará haciendo ahora?".»*

Ocurre que no había Gloria en la vida de San Esteban. Su mujer se llamaba Blanca, según he comprobado en otros periódicos, y sus hijos, Santiago y Maribel, demasiado abrumados, supongo, para reparar siquiera en el error cometido en un reportaje entre las docenas que lamentaron esos días su destino.

A partir de ese tercer Gloria, D. adoptó una actitud suicida, por lo que no es de extrañar su final. Si es notable que nosotros no reparásemos en sus tres primeras bromas, resulta fantástico que no viésemos las siguientes, que proliferaron y se hicieron urgentes como los gritos de un naufrago. D. se comportó como un niño mimado, una joven tímida, un asesino, violando la norma de modo cada vez más impúdico, pero no le veíamos, ciegos como estábamos cazando el tiempo en esos efímeros relámpagos que los periodistas llamamos noticias.

El que se adentre como yo en la colección armado de una sola pista –la idea de que aquel viernes de octubre estuvo anunciado por múltiples signos, profecías, vaticinios, deseos y conjuros–, siente en los días siguientes el mareo del astrónomo que deduce una nueva galaxia en el papel continuo de su ordenador. Los «gloria» no terminan sino que aumentan, ramifican y transforman, primero en seudónimos, luego en variantes, ensamblajes y revoluciones, como una obra en marcha. ¿Para qué describirlos? Se necesitaría por lo menos un seminario, aunque se correría el riesgo, en esa labor parásita, de destrozar la historia.

Porque existe una historia, en toda esa geografía de pistas dispersas, una historia intensa como se deduce de cualquiera de sus palabras-episodio, y desde luego del último capítulo, que anuncian todas y cada una de ellas. Pero no seré yo quien la cuente, ya destrocé demasiadas epopeyas en cuarenta y cinco años de titulares.

Tengo muchas dificultades para recordar a D. con nitidez. Es como si mi rencor, intentando durante todos estos años borrar su obra, se lo hubiese llevado a él por delante, pero no la obra: el sueño de un tirano. D. no aparece en ninguna de las fotos que guardo. Quizá se encuentre en alguna de esas de todo

el periódico, que nos tomábamos en el hangar de las rotativas con motivo de alguna fecha, pero si lo está no logro reconocerle, como por lo demás a muchos otros.

Sé lo tramposo que puede resultar semejante ejercicio, y sin embargo, a base de leer sus crónicas he ido formándome la sospecha de un recuerdo, e incluso he llegado a creer que recuerdo el día de su llegada: un joven alto, con una sonrisa entre irónica y franca que no paraba de bailar en los ojos. Tengo de esa sonrisa una casi certeza, precisamente porque luego fue menguando hasta dar paso a una inquietud, un desasosiego, que es el que reflejan los juegos del final, y al revés.

Aunque quizá todo esto lo novela mi memoria para que encaje. Lo que me parece incontestable es que ese desasosiego que mi recuerdo va viendo crecer en sus ojos se encuentra en sus crónicas. De eso creo que sé algo. Desde el principio sus noticias y reportajes, aunque bien hechos, contenían esos minúsculos gérmenes de anarquía en los que un viejo director como yo reconoce al intelectual, al artista, al ideólogo, y puede apostar doble contra sencillo a que cualquiera de ellos terminará por expulsar al periodista. Por ello la mayor parte de los directores –todos los que he conocido– intentan aprovechar al máximo al joven, antes de que su heterodoxia se manifieste como un secreto en su matrimonio, y sin tener para nada en cuenta si en el transcurso se rompe algo esencial. (A menudo se rompe y esa es la razón de que haya tantos cínicos y melancólicos entre los periodistas viejos.)

Eso fue lo que hicimos nosotros con D., a juzgar por la frecuencia de sus crónicas, aunque realmente no sé por qué me refugio en ese «nosotros». En el curso de dos años y medio –ese suele ser el tiempo de un talento en un periódico– se ve claramente cómo evoluciona, desde noticias y reportajes con una punta de originalidad que ha logrado vencer la edición más dura a la que se somete a los novatos, a crónicas sensacionales, en el equilibrio exacto de precisión y genio del que observa pero no se termina de creer lo que ve, hasta que se aprecia una suavísima decadencia –repeticiones, inevitables en periodismo, cierta opacidad en la mirada, un lejano pero inocultable hastío..., antes de la crisis de los gloria.

¿Qué fue lo que la motivó? ¿Quién? Para mí está bastante claro que fue un quién –me inclino a pensar que una joven llamada Gloria, claro–, seguido de un

qué, extremadamente confuso, que cualquiera puede interpretar si lee con cuidado los cincuenta y ocho escritos de D. En esos dos meses y medio, antes del maldito viernes de octubre en el que tanto deseé que se hubiera muerto. Todo está ahí, el anuncio de..., de..., cómo llamarlo.... ¿incendio?... ¿desastre?... ¿canallada?; línea por línea y metáfora a metáfora, aunque es cierto que si a lo largo de esos dos meses se adivina una historia, no así en el final, excesivamente apretado y con vocación de genio. Eso pasa con los periodistas artistas, que tienen prisa. Saben que no disponen de mucho tiempo antes de que se les agarroten los dedos con la artrosis y se les sequen los ojos en la pantalla del ordenador. Para cuando lo escribí, D. estaba ya perdido como periodista, punto de arrastrarme, por lo que durante todos estos años no he punto de arrastrarme, por lo que durante todos estos años no he podido reflexionar – acordarme, si: todos los días– sobre esa condenada primera página que consiguió colar en el último momento de la última edición, la que cuenta, aprovechándose de una guardia de noche y de los silenciosos y ladinos mecanismos de la edición electrónica. Nadie se dio cuenta hasta que lo vimos en los quioscos, en la mesa del desayuno, en la centralita de teléfonos, bloqueada desde primeras horas por cientos de llamadas que preguntaban qué significado tenían esos enigmáticos versos de mal gusto, por docenas de agraviados que anunciaban querellas y venganzas. Himno, llamó él a su adiós. Traición, diría yo, cuando ya puedo escribir lo que ni un solo día he dejado de recordar:

## PARA TRANQUILIZAR A LOS IMBÉCILES

### *Himno*

Sosegáos.

Ya vuelven los notarios, agachados,  
que suelten a los dentistas de la cárcel,  
dejad que ingenieros y arquitectos recen en bisagra.

Volved, volved al sofá.

No habrá venganza, prometido.

Escribiremos sólo noticias buenas, noticias lindas,  
que quepan en los descansos de la película.

Primero las mujeres y los niños,  
porque de ellos serán las promesas  
y también el olvido.

Las víctimas al final.

Ya todo pasó.

Se acabaron albas y crepúsculos,  
los telegramas nocturnos,  
el incendio de los barcos.

Gloria, gloria

a los notarios, ingenieros y dentistas  
porque de ellos es el ruido  
y porque al final regresan siempre.

## OCTUBRE. UNA TARDE

Cuando el hombre apareció en lo alto de las piedras, una neblina delgada humedecía el paisaje y amortiguaba el gruñido de las olas. Gaviotas vigilantes patrullaban por estrechos desfiladeros de viento, dejando caer sin dignidad sus gritos de tragedia. La brisa gris había expulsado a los últimos bañistas. Unos niños husmeaban entre las rocas, al este, un pescador se mantenía completamente inmóvil en la punta de la tierra, y un par de atletas más bien barrigudos se esforzaban por trotar marcialmente sobre el borde de espuma. El sol se dejaba sospechar tras el manto de nubes, pero muy arriba, apenas una moneda deslavazada de estaño que parecía haber equivocado el día.

El hombre se detuvo un momento mirándolo todo como si estuviera despidiendo, o reconociendo, según, y luego comenzó a bajar hacia la playa por una suerte de escalera que alguien había organizado en las rocas. Más o menos cada tres, cada cinco pasos, el hombre se detenía. Bajaba un pie hasta el siguiente escalón, lo miraba un instante como para asegurarse de que no iba a ceder, y así, en posición de conquista, miraba la vez más la arena, las rocas, el viento. Parecía cada vez más fatigado. O quizá es que el paisaje iba perdiendo su poder de sorpresa. Un viento sostenido sin pausa desde el noroeste, suficiente para ir persuadiendo de que estaba ahí desde siempre y para siempre pero incapaz de arrancar un sombrero a traición las mismas gaviotas mirando hacia abajo; las cuarenta olas que al poco se daban la vuelta para volver a su ataque sin fuerzas, exangüe. Daba además la impresión de que poco a poco se iban retirando.

Para cuando culminó su descenso por la docena y media de escalones, al hombre le temblaban las piernas y llevaba la mirada borrosa de los grandes esfuerzos. Mantenía sin embargo en las cejas y en los labios la determinación, el coraje, el rezo o lo que fuese que lo había llevado hasta allí. Era una pura contradicción. Pues al tiempo que su barba ya casi blanca se cuadraba. Con una determinación guerrera y sus labios se afinaban, en los ojos, en el fondo de los ojos, encapotados de tormenta, se intuía una capacidad de sonreír que le quitaba diez años de encima. Qué no le habría quitado de haber podido volver a reír.

Abajo, de pie sobre la arena que le cubría la punta de los zapatos, el hombre puso los brazos en jarras, apartando la chaqueta, como si le estuviera abriendo un espacio a sus pulmones. Seguía la contradicción porque su delgadez de muchacho no debía encajar ni con las arrugas de los ojos y la sonrisa, ni con su espeso cabello gris, que se le comenzaba a alborotar sobre la frente, y sin embargo encajaba. Como el ocre de una tarde romana que armoniza las ruinas, quizá todo encajaba por efecto del traje azul marino perfectamente cortado que el hombre llevaba como si hubiese crecido con él, y que pegaba en ese paisaje de viento y arena como en un diálogo secreto con el azul oculto del mar. Ni se había aflojado la corbata, ni desabotonado el chaleco, que subrayaba su extrema delgadez.

Para cuando el hombre se sentó sobre la arena, el manto de nubes comenzaba a deshilacharse en algunos remolinos, y seis gaviotas, las más débiles o las menos hambrientas, volaban bajo y decidían dónde habían de dormir una vez que el mar desocupara su casa. La marea, en efecto, había cedido ya unos cinco metros de costa.

Rebuscó con mano automática en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó un paquete del tabaco negro más fuerte que existe: quedaban cinco cigarrillos, unas dos horas. Con mano un tris ansiosa sacó un mechero de marino y se dio el gusto de encenderlo sin proteger la llama, para verla presa del viento. Aspiró y por fin sintió algo de paz en los pulmones ardididos.

Fue entonces, justo en el instante en que le comenzaba el dolor como una quemadura que alguien se encargase de ir atizando, cuando vio al perro.

Era uno de esos perros maltrechos que aparecen desde ninguna parte en las iglesias y en las playas. Esta, porque era una perra, tenía todas las costillas labradas en la piel, una pata en carne viva a causa de alguna pelea por un resto de basura, y los ojos llenos de legañas de los perros melancólicos y viejos, y sin embargo el hombre levantó una mano hacia ella y le dijo cualquier palabra que no fuese un insulto, y la perra quedó tan sorprendida que tardó en colocar su cabeza bajo aquella mano amiga. Pero la mano parecía cansarse y volvió a apoyarse, como la otra, sobre las rodillas encogidas. El perro se marchó.

La tarde fue apaciguándose a partir de entonces, como si alguien hubiese reducido el fuego bajo ella. El algodón de las nubes fue arrebuajándose en grandes pelotas que le dejaban el sitio a un azul muy pacífico. El sol entibió



desde lejos. En cambio aumentó algo el viento. Se hizo constante y firme como si tuviese una misión que cumplir, quizá refrescar la quemadura del hombre, que sentía llegar el punto alto de la crisis y se esforzaba en mirar a lo lejos. A la línea del mar, inmutable, al pescador inmóvil en la punta de la tierra, al fondo del azul donde, le prometieron una vez, si uno se esfuerza puede ver cometas perdidas, estrellas errantes y sirenas al despertar, el único momento en que no son peligrosas pues entonces no cantan. Siguió sin ver nada. Tan sólo un dolor de lanza desde el costado hasta el centro de la espalda, que te impedía ver, ni oír, ni sentir otra cosa que la urgencia de morir. En lo peor, en ese momento en que alguien balanceaba la lanza desde un lado hasta el otro con él ensartado en la punta, rezó con fervor para que así sucediera.

Fue entonces cuando sintió sobre la piel un sol mucho más fuerte que le embalsamaba la herida. El viento se había tranquilizado hasta convertirse en un matiz del silencio, y las olas, si así se las puede llamar, hacían tan sólo amago de alzarse para inmediatamente derramarse con un suavísimo suspiro de placer. Ya no había pescador, ni final de la tierra. En cambio, velas con colores de niño iban aquí y allá por el mar de esmeralda de las islas. Se giró un poco y encontró los ojos negros de Isabel, Isabel Kindelán, que le miraban con lo que no supo si era amor, de los tres. Quiso decirle que ya no sentía el dolor, que se guardara su compasión, mas comprendió que no le creería, Isabel, pese a su edad, pensaría que estaba loco y le aumentaría la ternura. Eso le enfureció. Además, pensó con más calma, ¿entendería Isabel su dolor? No parecía haber descubierto aún el dolor, Isabel, con su piel morena, su trenza de niña, sus levísimos pechos de los que no parecía aún ser consciente.

«¿Escuchas las olas?» preguntó entonces una voz detrás suyo. Abrió los ojos, el dolor había menguado bastante, y se encontró a una niña de ojos redondos que seguía esperando una respuesta.

«Ajá», dijo.

«O sea, que hablan», dijo la niña con satisfacción. «Las olas hablan». Había una ligerísima pregunta al final.

El hombre se lo pensó mejor.

«A veces», dijo. «Hay que saber escuchar».

La niña escuchó pues durante unos segundos, pero algo más cercano le inclinó los ojos redondos sobre la arena, y luego otro algo, y otro, y así

sucesivamente hasta que quedó atrapada como un sabueso en esa retaguardia palpitante que deja el mar al retirarse, y se fue alejando de allí.

El pescador seguía inmóvil, y también el final de la tierra. Al otro extremo de la playa, varias docenas de gaviotas se habían buscado ya un sitio, y unas cuantas lo seguían buscando desde el aire. Deslizándose por la brisa tibia de la tarde, recortadas contra el cielo sosegado, sus gritos no eran ya de tragedia sino chismorreos de vecinas, todo lo más crónica de viaje. Antes de terminar de reclinarsse sobre la arena -hacía ya un rato que se apoyaba en los codos-, el hombre alcanzó a ver a la niña corriendo hacia las gaviotas, y éstas alzándose en el aire, con escándalo y protesta, más por darle gusto a la niña, supuso el hombre, que por verdadero temor.

Luego se recostó, exhausto, y se quedó mirando las cuatro nubes desarrapadas a las que el azul y el viento aún perdonaban la vida. Ya se sabe lo que son las nubes, y el viento de la tarde: Por sus ojos, su memoria y su quemadura en el costado pasaron otras tardes y otros vientos, y en todas, o en casi todas, se vio a sí mismo de pie bajo las nubes y a menudo con esa sonrisa que le quitaba diez años. Más que su mirada profunda o su delgadez de alambre, esa era la señal con la que se recordaba a sí mismo, La sonrisa de chico, recapituló, sin darse cuenta de que, pese a la llaga otra vez en llamas, sonreía vagamente bajo la destrucción final de la última nube, y ya no quería morir.

Para cuando el sol se hundió más allá, la marea baja había abandonado al hombre acostado en el centro de una playa inmensa, un pequeño desierto en el que sólo se escuchaba la lejana oración de olas largas y solemnes, y los gritos de las gaviotas que la niña espantaba una y otra vez corriendo con los brazos abiertos, una y otra vez.